SALOMÓN PONCE AGUILERA

De la Gleba

COLECCIÓN DE CUENTOS DE LA TIERRA

BARCELONA
BUIGAS PONS Y C.ª—EDITORES
CÓRCEGA, 299

A la memoria de mi padre.

A la memoria de mi tío, Monseñor
Sebastián de Aguilera.

A mi madre.

A los Doctores D. S. J. Aguilera
y D. Emiliano Ponce.

A mis hijos, Luis Alberto
y Carmen María.

Panamá 11 de Junio de 1914.

Señor Doctor

D. José D. Moscote.

Ciudad

A V., mi buen amigo, que ha sido el Mecenas en esta aparición de mi primer libro, a V. quiero dedicarlo también, como justo homenaje de mi gratitud reconocida.

Acéptelo así, con el testimonio de mi consideración, y créame su atto. y S. S.

Salomón Ponce Aguilera.

El mejor librito que inspira una idea poética, que sugiere un dulce sentimiento, que conmueve el alma, es infinitamente mejor para la juventud que todos los libros atestados de nociones mecánicas.

ANATOL FRANCE
(De *El libro de mi amigo*).

Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl.—Barba Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi.—La ternura para nosotros—que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños—suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras.—Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia.—Sabios: enseñadnos con gracia.—Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos.—De los que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y del encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

J. E. RODÓ
(Decir las cosas bien)

INTRODUCCIÓN

Sólo Dios sabe cómo en medio de las tribulaciones de mi alma he podido en menos tiempo del que creía disponer, reunir en cuerpo de homogénea unidad estos cuentecillos, expansiones fugaces de mi espíritu, amante de las letras, a pesar de las causas que más de una vez han hecho caer de mi mano la pluma para dedicarme a tareas distintas, mas no por eso menos imperiosas, como que han sido exigencias inaplazables de la vida cuotidiana.

Gracias a la fe con que he trabajado para realizar una aspiración que está muy lejos de confundirse con la pueril vanidad de los que anhelan ocupar puesto de honor en la República de las letras, he llegado a formar este libro, brotes genuinos y espontáneos de una afición arraigada y de un inquebrantable propósito. No es poco lo que debo a la bondad de algunos amigos a quienes he hech conocer mi trabajo, pues ellos con frases aliento y hasta con promesas de eficaz lio me han animado a realizar un pr que no pasó en mucho tiempo de ser u piracinó candorosa, de asíduo trabajado campo sagrado.

Ni ha sido inconveniente tampoco la na-

tural timidez que me ocasiona llamar la atención de un público que, si generoso conmigo en lo que se refiere a mi escasa producción literaria, no tiene, ni ternerla podría por anticipación benévola, la aprobación indispensable que me animara a ofrecerle mis trabajos en la forma que hoy lo hago.

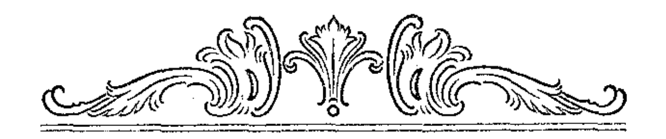
Sin embargo, estimo que las labores de un escritor, cuando son ajenas a despertar el espíritu de partido—que es desgraciadamente la herencia fatal de nuestros diarios disturbios y contiendas,—si no causan las satisfacciones que por el momento brindan efímeras glorias, sí dejan algo persistente a través de las luchas y de los enconos que engendran los intereses de las comunidades políticas.

Todos los hombres llevamos oculta una fuerza que nos impulsa a cumplir nuestra misión en la tierra, en el orden de nuestras actividades; quien resiste a ella, quitando o dirigiendo en contrario sentido la fuerza propulsora de la marcha que debemos llevar en nuestro rumbo hacia lo eterno, reo se hace de inercia que quebranta, porque atrofia o mutila todo lo que hay de bueno en el hombre: la fe, la caridad, el ideal... Todo esfuerzo, por otra parte, lleva en sí mismo el sello de una ley divina a que todos, de grado o fuer- obedecemos.—Allá... más allá, decimos cada al levantar la frente humedecida del es- o constante, y al dar a Dios gracias, al inar el día, de la actividad gastada, nue- horizontes parece que se dilataran a me- ıda que avanzamos en la incógnita senda, y con ellos que se acercaran también las reali-

zaciones de ideales que se apegan al alma con la resistencia de la parásita, imágen fiel de los afectos de que hablaba el cantor de «Aures».

Y ahora, libro mío, ve a realizar la aspiración acariciada; ve a enjugar alguna lágrima, que para eso te he dedicado, y si logras conseguirlo, mi satisfacción será intensa, como lo ha sido el amor que he puesto en tus páginas en los ratos que he podido dedicar a escribirlas, en medio de contrariedades que, como las del Profeta del dolor, hunden continuamente al hombre en el légamo de sus negras tristezas.





I

—Julián, dicen las cabañuelas que tendremos invierno en diciembre. ¿Qué dices tú?... El tiempo sigue malo... ¡Quién sabe cómo nos va a ir con la sementera de trigo!... ¿Y qué dices de la papa? La «gota», por lo visto, no se hará esperar. Ya los «hielos» se han presentado por el Sur... Todo dice que vamos a tener mal año... ¿Qué dices tú de los pronósticos?

—Pues en realidad no sé qué decir, mi amo. Malos son los tiempos desde que se estrenó el verano antes de lo que se esperaba... Pero, confiando en Dios y en la Virgen, esto ha de tener algún remedio. ¿No lo cree así su mercé?

—¡Quién sabe, hombre! Estamos tan de malas, que de seguro se va a perder la siembra como el año pasado.—Apenas coseché el dos por ciento, cuando todo el mundo pensaba que daría por lo menos el cinco. Si ya no siente uno ánimo de trabajo... Estoy cansado de esta brega sin término... Cuántos afanes para luego...

—Paciencia, mi amo, que Dios es misericordioso, y no dejará a su mercé tendido en estos afanes tan duros...

El viento Norte volvió a arreciar, haciendo remecer con violento ímpetu la sementera, y una nube blanca de garzas asustadas, cruzó el espacio para irse a posar en la laguna, donde los sauces cuelgan su ramaje fresco y las palomas salmodian la canción de la siesta.

La reja del arado seguía abriendo surcos cada vez más hondos; las imprecaciones de los gañanes aturdían las bandadas de gorriones que escarbaban en la humedecida tierra, y el sol seguía su marcha por entre nubes cuajadas de amaranto y rosa, que parecían acompañarle en su marcha perezosa de enfermo.

—¿Y qué es de la Tránsito, que no asoma por ahí para el almuerzo?—dijo el patrón, guardando en el bolsillo del saco raído y maltratado, la lista de los trabajadores.—¿Estará todavía llorando al novio que se llevó el río?

—No, señor, aquí estoy—contestó la voz de una muchacha maciza y de ojos adormilados, estrujando entre las manos una flor que acababa de recoger a su paso.—Ya almorcé... Estoy aguardando la hora de volver a entrar al trabajo.

—¡No has almorzado!... Cosas son tuyas para evitar que te diga... Pero, mira... si aquí podrías sentarte... Mientras tanto, conversaremos algo...

—No, señor; es que no quiero nada...

—Pero... y si yo quiero...

—Eso será otra cosa. Mientras, déjeme su

mercé reposar un poquito aquí bajo este pino.

—No te digo que no. Pero... ¿por qué no almuerzas?

—Porque no tengo ganas...

—¿Y vuelves al trabajo sin haber comido nada?

—Así será...

La muchacha, con la hoz en la mano, emblema del trabajo que diariamente tenía en aquel campo de espigas amarillas, volvió la cara a otro lado como buscando algo en qué fijar su mirada intranquila.

El sol seguía su marcha despacio, recalentando las gavillas amontonadas en pequeños haces, y las palomas cruzaban en sesgo vario la atmósfera picante y bochornosa. De vez en cuando resonaba la detonación brusca del arma de algún cazador que, escurriéndose por entre los barbechos, las atisbaba cuando bajaban a recoger los granos perdidos en los extraviados senderos. Los sauces inclinados sobre los vallados mecían perezosamente sus ramas de finas hojas, y gritos de gañanes y peones de la meznada se perdían con vibraciones de lastimeras quejas.

—¿Conque no vienes?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque lo que su mercé pretende, lo que quiere de mí, es cosa que... Vamos, mi amo, que no puede ser...

—Pues entonces, vete al trabajo, ya que no quieres disfrutar de la siesta.

—Así será...

Y la muchacha, enrojecido el semblante por la dura tarea, cohibida por la brutal exigencia del amo, recogió la hoz y fué a internarse en los trigales amarillos.

—¡Ay!—gritó de pronto, cayendo al cruzar uno de los primeros surcos.

Su patrón, el señor de las tierras que la gleba cultiva, había tenido a bien castigar la resistencia de la muchacha con una pedrada a traición, origen quizás de un crimen sin castigo...



II

Rosada y fresca como la amapola que traía en los cabellos, dejando ver una línea de dientes blancos y enfilados como los granos de la mazorca, que deshojaba con descuido, apareció la muchacha, tarareando un aire popular con dejadez que traducía la hora ansiada del descanso. Un delantal de cuero cubría las opulentas redondeces del seno y caía en duros pliegues hasta el nacimiento del pie, descalzo y negro por el barro, en que se hundía continuamente, en aquellas faenas de la brega continua. El patrón la contempló un rato, y la codicia se asomó a sus ojos en un destello de pasión contenida.

—¡Clemencia!

—Su merced...

—Acaban de asegurarme que ese bribón de Anastasio ha vendido en Fanza dos cargas de papa y que tú sabes a quién. Bueno: o tú me dices lo que hay en el asunto, o a tí y a él os hago meter en la cárcel. Ya el regidor del lugar tiene conocimiento de lo que pasa, porque se lo dije esta mañana al pasar por su casa. Mira... no me niegues nada...

—Yo no sé, su mercé... Anastasio ha sido siempre hombre formal, y sino, que lo digan todos sus patronos. Ahí están mis amos de «El Diamante» y «La Ramada»; que digan si alguna queja han tenido de él. Eso me sorprende, mi amo, y me sirve de mucha angustia, porque esas son malas voluntades que le tienen. Enredos, enredos de esa....

—¡Silencio!... Ya sé a quién vas a referirte. Pero ella no me ha dicho nada... Cuidado con cogerla en tu boca!...

—Así es. Como ella es la preferida... ¡Si casi nos manda a todos!

—¡Cállate, miserable!

—¿De manera que ya no podemos ni hablar?...

—¡Que te calles, te mando, o no respondo de lo que suceda!

Una sonrisa de intencionada ironía asomó a los labios de la muchacha, inclinándose para recoger del suelo algo que de la mano se le había caído. Y comenzó a cantar esta copla de algún bambuco:

«Ya nadie me quiere a mí,
Porque a todos yo no quiero;
Sólo yo quiero a mi madre,
Y ella está en el cementerio!»

—Y a Antonio—acabó el patrón, recalcando maliciosamente el nombre.

—También, mi amo, eso es querer,
Porque Dios así lo manda;
Que lo diga el señor cura,
Que en informaciones anda.

—¿Sabes lo que hay?—contestó el patrón rojo como una cereza madura,—que ahora mismo te marchas de aquí. No quiero en la hacienda gente de tu condición... Pero es ahora mismo, ¿lo oyes?

—Pero, déjeme su mercé completar siquiera la semana de trabajo...

—¡No! ¡Ea ya!

—Bueno, mi amo; ¿y quién me paga lo de los jornales?

—¡Que te largues inmediatamente, vagabunda!

—Esa palabra no me la debe decir su mercé a mí. Yo no soy vagabunda...

El día agonizaba lentamente en derroches de luz soberana. El frío era cada vez más intenso, y nubarrones obscuros, que corrían como mortuorios velos anunciando la lluvia, fueron desatando poco a poco sus raudales. Los trigales, agitados por el viento, mecían a compás las amarillas espigas, y toda la sabana inmensa se fué cubriendo de un cendal blanquísimo. Y el agua, que en gruesas gotas comenzó a caer asustando a los trabajadores, que corrían como bandadas de gorriones perseguidos, azotó el rostro de la muchacha confundiéndose con su llanto amarguísimo...

III

Muchos años de duros sufrimientos había contado aquel viejo que, ya al fin de la vida, sólo encontraba el reposo en la capacidad de un presente que la caridad trataba de hacerle llevadero con los consuelos que inspira el precepto divino. Sus días habían transcurrido en alternativas dolorosas, y la vejez había llegado al fin trayéndole el cansancio y la monotonía que se filtra lentamente, acabando las energías y obscureciendo el espíritu. Era aquella existencia árbol secular cuya savia se extingue, cubriéndose su corteza de líquen y musgo.

Sombrero hongo llevaba siempre, amén del pañuelo de colores con que se ataba la cabeza para evitar los rigores del frío; saco de paño burdo mal zurcido; chaleco de áspera tela y pantalones remendados era toda la indumentaria que cubría aquel cuerpo, trémulo y agobiado por el asma y los años. Las hojas habían caído una a una, y ya sólo quedaba el tronco débil que se conmovía con cada ráfaga helada de los días que llegaban. Nada

bueno aguardaba del porvenir, porque la vejez es trémula y el frío es compañero inseparable de la muerte. Una cosa, sin embargo, le quedaba segura a pesar de todo, y era el descanso perdurable, la fe que alienta las almas resignadas en sus infortunios crueles. Las aberraciones propias de la senectud no habían apagado los fulgores de dulces esperanzas, y la piedad era refugio ante el dolor de las miserias cotidianas. Sentía mal humor cuando alguno cazaba las palomas salvajes, que él sabía atraer todas las mañanas, arrojándoles migajas del pan que se le servía a la mesa; y una palabra irreverente o descomedida le hacía santiguarse como conjuro eficaz contra lo malo. Amaba los animales con ese amor delicioso con que se contemplan las criaturas, amor que llegó a sus creces cuando oyó contar la afición que el gran San Francisco de Asís, cuyo nombre llevaba, tenía por todos los animales, y especialmente por las palomas de la Umbría.

Recordaba con alguna incoherencia los episodios de la guerra del 54, cuando los partidos políticos se unieron en franca armonía para derrocar una dictadura oprobiosa. El fué soldado entonces, y vió caer al ilustre Herrera en una de las calles de la capital, cuando desalojaba al enemigo de sus formidables trincheras. También el gran Ignacio de Loyola había peleado y derramado su sangre para convertirse después en el fundador esclarecido de la Orden religiosa más preclara. La guerra contra el mal se le hacía necesaria, y la sangre volvía a correr acelerada por sus venas cuan-

do la iniquidad perduraba y los hombres parecían abdicar de sus sentimientos más nobles.

Y por las tardes, cuando las luces del día iban extinguiéndose una a una, y el sol trasponía las obscuras montañas, y las campanas de la vecina iglesia tocaban el *Angelus*, rezaba las tres *Avemarías* de costumbre, encorvado más aún, con la cabeza inclinada y descubierta; y luego subía con andar pesado y fatigoso la escalera que conducía a la parte alta de la casa, tocaba la campana anunciando el rosario, encendía los cirios, se quitaba del cuello la vieja camándola, regalo de un misionero amigo suyo, y allí, ante el altar, arrodillado, era el primero en comenzar las preces a la Virgen Santísima, la Rosa mística de sus alegrías terrenales.....



IV

—Oye, Silverio: dice el señor cura que porqué no has vuelto a la catequística; que malos informes le han dado de tí, y que va a decirle a tu mamá que te castigue por haberte metido en la iglesia el domingo, y sin permiso suyo subiste a la torre y dar antes de tiempo el último toque para la misa mayor. Ya verás lo que te va a pasar...

—Bueno; que se lo diga. ¿Y a mí qué? Si me pega, como la otra vez, que tuvo que curarme la herida de la cabeza, yo sabré lo que hago. Me voy a una hacienda de tierras calientes... y... no vuelvo más. Nada menos que en la semana pasada me estaba conquistando D. Anacleto Ríos, patrón bueno como pocos, y que a todos los que le trabajan no sólo les paga bien, sino que para Nochebuena les da buen regalo de Páscuas.

—¿Y dejas abandonada a tu madre? Mira que la pobre no anda bien de salud, y que tú eres el único hijo con que cuenta desde que reclutaron a Jerónimo y lo bajaron para la Costa.

—Pues entonces, que no me pegue... A ver cómo no...

El sol iba rompiendo en girones caprichosos la densa niebla que cubría el lecho del apacible río, y los rebaños que pastaban en sus orillas, lanzaban balidos quejumbrosos a la vista de un enorme mastín que asustaba el ganado que conducía a la corraleja una muchacha de formas irregulares, pequeña y mofletuda, que saltaba con la agilidad de un mirlo por las orillas del estrecho vallado.

—¡Silverio!... Que vengas a ayudarme a encerrar las ovejas...

—¡Allá voy!... Pero aguarda un poco, que todavía es muy temprano.

—¡Aguárdate, gran sinvergüenza!... Ya lo ha oído usted, señor agente. ¿No se lo estaba diciendo? ¡Si este muchacho es malo hasta más no decir!... ¡Y la otra!... ¡Mírela lo que parece! Ella, ella es la que lo tiene así de insubordinado. Pero antes... ¡Virgen de Chiquinquirá! ¡con las cuatro luces y la tierra encima!

—¡Jesús! Mujer, no digas eso. Mira que ese muchacho es tu hijo y que Dios puede castigarte...

—¿Y a usted quién la mete? También abogando por la muy...

—Cállense, o las llevo a ambas a presencia del señor Alcalde...

Atado de los brazos y del cuello llevaron a Silverio al pueblo vecino, donde la cárcel obscura se abrió para no dejarle salir sino dos días después, atado como entró a ella, para seguir en calidad de recluta a los cam-

pamentos de la guerra que asolaba una vez más el país. Su madre vió cuando lo pusieron en las filas de los que iban a la guerra, extenuado y con la mirada de angustia de los que marchan a la muerte con todas las energías de la vida. Entonces pareció arrepentida de lo que había hecho, y lloró la suerte de su hijo, de su hijo que, cambiando el lazo del recluta por el arma de guerra, le decía un adiós que ahogaban los redobles de tambores, los gritos de los Febes y el agudo sonar de las cornetas.



V

La taberna se hallaba colmada de parroquianos, de los jornaleros que, llenadas las tareas diarias, acudían a aquel sitio donde encontraban una mala sopa, un pedazo de pan y carne condimentada con agí picantísimo. Paladares estragados con una alimentación insuficiente, calmaban el apetito que despierta el trabajo continuo con alimentos que rehusaría el más infeliz marinero de la nave peor provista de víveres. Allí era el continuo rasguear de malos tiples y bandolas, y donde se oían los cantos más originales que la ignorancia del pueblo interpreta con sentido no siempre desprovisto de picardía y malicia.

Agobiada de sueño y de cansancio, la dueña de la tienda había hecho retirar a sus parroquianos, suplicándoles dejaran las molestias que, por el más leve motivo, se suscitaban entre ellos cada rato.

—Pero, hombre, no me moleste más. Usted está con la cabeza trastornada; y, sobre todo, usted no es hombre para mí.

—Sí; él fué el que le dijo al patrón que

nosotros le robábamos la papa. Es un misera ble que a todos nos denuncia, haciéndose pasa por muy honrado. ¡Que nos las pague est noche!...

—¿Qué es lo que dice el hombre ese?—grit un muchacho robusto, encarándose al grupo d los que, mirándole de reojo bajo el ala del som brero, formaban el plan siniestro de una ven ganza miserable.

—¡Que te marches, canalla!—fué la respuest que obtuvo.—O de no, verás lo que te pasa..

—¿A mí?—replicó soltando una carcajad de desprecio.—Si tengo para todos...

—Dejen la molestia, que nada bueno sal de eso—dijo un viejo, apoyándose en el palo de su látigo, para no caer entre el barro de la carretera.

—Lárguese y no moleste, tío Cigüeña—le dijo uno de los del grupo, soltando una carcajada de burla.

—Sí, hijo, ya me voy; pero antes quiero darte un consejo, que de algo habrá de aprovecharte. De los viejos como yo, no debe burlarse nadie, porque arrieros somos, y... y...

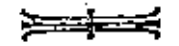
—Bueno; pero váyase y no zumbe...

—Así será, y que no pase en peores cosas la molestia.—Y el viejo, acompañado de su mujer, siguió camino de su casa con inseguro andar, salvando los baches que, iluminados por la difusa luz que su retina había podido recoger, se veían a trechos, en la extensión de la silenciosa carretera.

No había andado muchos pàsos cuando oyó un grito, los pasos de un hombre, que parecía

seguirle, y la voz de alguien que decía: «¡Me mató ese canalla!...»

La luz del nuevo día alumbró el cadáver del honrado gañán que no se dejó corromper nunca, que era el único amparo de una familia; y la justicia veló su faz otra vez con la impunidad del delincuente que vive pagando la defensa de su abogado en duros trabajos, que la madre tierra remunera con creces.



VI

—¡Pedrito!... ¡Pedritooo!...

—Su mercé...

—Levántate y anda a «La Tribuna» a ver qué le pasa a Raimunda. Ya son más de las diez, porque los gallos hace rato que cantaron, y tu madre todavía no parece. Es costumbre que tiene de quedarse cada vez que va por algo a la tienda. Se fué desde esta tarde y todavía no parece. ¡Como no esté con tu tío en la jarana de siempre!...

El muchacho se levantó medio dormido, se restregó los ojos, bostezó largamente, y, dando tropezones, llegó a la pared de ramas secas y descolgó el sombrero de junco, roto en la copa, por donde asomaba siempre un mechón de pelo largo, cada vez que se lo encasquetaba.

Agazapándose por entre los surcos del maizal, que apenas desataba la espiga amarillenta de finísimo polen, corrió a la venta, por cuya puerta se precipitaba la luz mortecina de una lámpara de petróleo con reflector de oxidada hojalata.

La sorpresa del muchacho fué indecible cuando vió a su madre entre muchos hombres tomando aguardiente, con habla de borracho y permitiéndoles libertades escandalosas. El amor de hijo se sublevó ante aquel cuadro de la impudicia, y cogiendo a la madre de una mano, la obligó a salir de la taberna.

—Mi padre está indignado por su demora, y me manda a buscarla... Acuérdese que hay que mañanear al trabajo...

—¡Ve, muchacho, no vengas a molestarme! Márchate para el rancho, que yo me iré cuando... de aquí a un rato, cuando llegue la niña Eugenia, que estoy esperando.

—Pero es que ya es tarde. ¿Acaso se va a quedar aquí toda la santa noche?

—Pues no voy. Para eso trabajo, para darme gusto alguna que otra vez.

—Bueno... ¿y a mi padre quién lo aguanta después?

—¡Ah! ¿esas tenemos? ¿Pues quién lo va a aguantar, sino yo? Yo, la que trabajo para comprarle hasta los calzones.

El muchacho bajó la cabeza avergonzado. Se acordó que era hijo de aquella mujer pervertida; sofrenó sus ímpetus, los ímpetus de la bestia que se revela; y comenzó a acariciar la idea siniestra de vengarse de los que a su madre profanaban sin reparar en que él también era hombre, un hombre como cualquiera...

VII

Semana tras semana el patrón había venido descontándole a la infeliz mujer una suma en los jornales que ganaba, para pagar así las cuentas que ésta tenía con el médico de la parroquia.

No había podido cancelar aquella deuda antes de entrar al trabajo de deshierbas, porque lo que ganaba apenas si era suficiente para alimentarse ella y tres hijos pequeñitos, los huérfanos de aquel que había sido, por la enfermedad última que se lo llevara, el causante del compromiso.

Era un sábado. El patrón, viejo poco escrupuloso, y, además, desconfiado, se veía rodeado de una multitud que iba a recibir los salarios de la semana, descontadas las raciones que diariamente se les daba a buena cuenta.

—Claudia; sabes que esta semana no puedo darte más que veinte pesos. El resto será para el Doctor, pues ya tengo compromiso con él, como te lo dije, de que en este mes acabarás de pagarle.

—Pero su mercé ve que con veinte pesos... Si yo fuera sola... Pero esos muchachitos que todavía no pueden ganar nada...

—Lo comprendo... Pero primero está el pagar lo que se debe, para contar siempre con créditos.

—Así es la verdad. Pero... ¿y con qué vive una después? Como hay que comer, su mercé.....

—No digo que no; pero pagar es primero que todo.

—¿Y cómo trabaja una si no come, su mercé?

—¡Tú verás lo que haces!... ¡Ya no puede haber más demora en el pago ese, que es sagrado, mujer!

—Sí, señor; pero es que yo puedo pagar poco a poco, no todo de una vez, porque entonces me quedo sin nada.

—Paga lo que debes y sabrás lo que tienes.

—Entonces su mercé me adelantará siquiera media semana.

—Eso tampoco. Sería lo suficiente para que desde mañana no volvieras... Quiero decir, desde el lunes. Si es que así son ustedes.

—Arregle, pues, su mercé, la cuenta como le parezca; pero yo no vuelvo a trabajarle.

—¿Y eso, por qué?

—Pues porque si no gana una siquiera lo más indispensable para el diario, mejor será ir a buscar otro oficio en otra parte.

—O a robar, como hacen casi todos. Ya no puede dejarse un momento la sementera sola. Apenas vuelve uno la espalda, ¡a robar, se ha dicho!...

—Eso no lo puede decir su mercé de mí. Muy pobre soy, pero ladrona...

—Bueno. Se acabó. Ya he dicho lo que hay, y no me moleste más.

La pobre mujer bajó los ojos arrasados en lágrimas. El mundo pareció hundirse a sus pies, y sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¡Ah, sí!—exclamó de pronto como tomando una resolución extrema. ¿Quiere su mercé empeñarme este rosarito? Tiene una cruz y unas cuentas de oro.

—A ver...

La mujer se quitó del cuello la única prenda que acaso conservaba, y se la entregó.

—¿Y serán de oro?—dijo el viejo reparando en ellas con codiciosa mirada.

—Sí, señor; y todas juntas pesan más de dos castellanos, según me dijo el maestro platero de Fontibón, la vez que se lo llevé para que lo reconociera y me dijera cuánto podía valer.

—¡Así... sí!

Guardóse el rosario con la una mano, mientras con la otra sacaba de un paquete de billetes, uno de cuarenta pesos.

—¡Toma! Pero ya sabes que si en la semana que viene no me pagas lo que te presto, el rosario será mío...

VIII

Mala ficha es esa muchacha que ha venido esta semana. El año pasado se fué de la casa diz que a trabajar a los cafetales de tierra caliente. Ahora vuelve, más amarilla que uchuba madura, a no hacer nada. Todo el día se lo pasa jugando con los peones, metiendo chismes, recibiendo todo lo que buenamente quieran darle, porque si no, ella lo coge, y con un chiste cancela todo.

—Pero y a usted ¿quién la mete a sudar calenturas ajenas? Deje la muchacha, que nada le está comiendo. Y sobre todo, cuando el patrón la tiene, será porque le conviene.

—Eso es. Si nadie dice que no. Buena pieza es el patrón, que a todas las muchachas tiene algo que decirles.

—Pero, señora, cállese. ¿Qué le importa a usted lo que haga el patrón? Si usted no ha venido sino a trabajar y a recibir su salario. ¡Qué ganas de meterse en la vida ajena!...

—¡Bien contestado!—exclamó uno de los gavilleros, atando un manojo de espigas y

arrojándolos donde otros iban almacenándolas en una pirámide que semejaba el techo cónico de una casa.

—¿Y quién ha hablado con usted para que se entrometa?

—Tómate esa, Tobías, y vuelve por otra.

—¿Y a mí qué? Ya esperaba la patada.

—Como no soy burra para cocear...

—Sino cristiana que hace lo mismo... ¿no?

—Háganme el favor de callarse, que en esas se pasa el tiempo, y poco es lo que se hace.

—Así es, Lucio. Cumple con tu deber; sino, ahora mismo se agarran.

—Como no somos perros...

—¡Silencio!... ¡Válgame Dios con la mujer! De pronto hago que no reciban más a esta arañagatos. Para estar todo el día en disgustos...

—¿Y por qué se ocupa esa mujer de mí, cuando ni siquiera la conozco?

—Cállate, Isabel, que más pierdes tú en esas disputas, que ella—observó Lucio.

—Es verdad...

—¿Qué por qué me ocupo de ella? ¡Si será por lo linda que es! Ya no se acuerda la muy descarada de lo que hizo con mi hijo. Conquistárselo, irse con él, y dejarle por allá más muerto que vivo.

—¡Ave María Purísima! No, si ya esto no se puede aguantar. Vea, don Lucio, lo que esa mujer me está diciendo y cómo me provoca.

—Ya les he dicho que dejen la cuestión,

porque de otro modo me veré en el caso de no volverles a dar trabajo.

—Pero si es ella la que me insulta...

—¡Por cierto!... Pero, dejar estar, que algún día me las pagas todas...

Y la amenaza no tardó mucho tiempo en cumplirse. Una noche, en la venta de la carretera, al salir de la novena del Niño Dios, que la dueña de ella celebraba, Isabel sintió que alguien la seguía. Cuando volvió la cara para ver quién era, sólo oyó que dijeron: —Ahora sí.

Y cayó al suelo, dando un grito de horror que alarmó al vecindario. Una puñalada, atravesando el costado derecho, le había herido el pulmón, y por la herida, como animal degollado, salía en borbotones la sangre, salpicando a cuantos se le acercaban.

IX

—Pues si usted quiere acompañarnos, ya sabe que a las cuatro de la mañana estamos en Fontibón, para que a eso de las seis sea la misa. El señor cura de Egipto será quien la dice; pero como él está al pie del cerro, y va a caballo, no es poca la ventaja que nos lleva. ¿No es así, tío Silvestre?

—Me parece bien lo que dispones. Pero no dejes de advertir que todos deben llevar algo para que allá almorcemos, pues hasta la tarde no será el regreso. Los que son muchachos no se estropean como nosotros los viejos, que tenemos que aprovechar la hora más temprana para que el sol no nos *achajuane* mucho. Y ya que se ha vuelto a hablar de la romería, bueno es que nos vayamos a recoger, no sea que nos coja el sol con la pereza del junco.

—Me parece bien...

—Así es...

No tardaron las puertas de la venta en cerrarse, y todos los peregrinos quedaron con

la formal promesa de cumplir la cita a la hora acordada.

A las cuatro de la mañana, tiritando de frío, todo el mundo estuvo en pie, tomando el desayuno, que consistía en una taza de agua de sal hervida con cebolla picada, una taza de chocolate y un pedazo de pan moreno.

No faltó entre los peregrinos el indispensable tiple, ni la bandola ni el requinto, compañeros en toda gira, aunque ella sea de carácter religioso. La piedad, para algunos, no anda reñida con las entretenciones ordenadas y, si es verdad que ninguno reparó en ello, no es menos cierto que la costumbre es señora que tiene muy bien sentada su fama para que de un día a otro, se la relegue como cosa inútil. En todos los pueblos las romerías son así, y como ellas no las hacen sino los pobres, los que se acuerdan más de Dios por lo mismo que sufren y han hambre del cuerpo y del espíritu, la costumbre, que es ley para ignorantes y sabios, sigue cumpliéndose, a pesar de las burlas de los despreocupados, que en todas partes los hay, porque las esperanzas del corazón no cambian, como las plantas, con la bondad o rigor de las estaciones.

En la misa, que dijo un anciano sacerdote encorvado y tembloroso, dió cada uno la limosna que llevaba; y terminada aquélla, uno a uno desfilaron arrodillados ante la sagrada imagen de Jesús caído, y besó con fe ardiente aquellos piés divinos donde la sangre corría y las equimosis de los humanos golpes apa-

recían en la carne preciosa, santuario del dolor y de la misericordia infinitos.

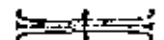
El tío Silvestre no pudo contener las lágrimas y humedeció los pies del Señor cuando se postró delante de El. Sus ojos opacos y amortiguados se fijaron en los del Señor, que parecía interrogar la causa de la iniquidad que se cometía con El, y ante esa contemplación del alma cristiana que se acerca a lo divino, que interroga y se halla culpada siempre, el corazón del hombre se conmueve horrorizado de sí mismo, y el grito que invoca el perdón y la misericordia sale del profundo de su alma con lor aromas que agotó David, cuando lloró con llanto de arrepentimiento la iniquidad de su pecado.

¿Y quién no es reo ante Dios de horribles delincuencias?—pensaba el tío Silvestre cuando sus labios se movían convulsivos ante la imágen sagrada por cuya devoción se han conseguido tantas gracias.

—.....Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.—Fué lo último que masculló, bajando la escalinata de ladrillos del lado de la epístola.

Afuera, en el atrio, aturdían las detonaciones incesantes de los coetes mezcladas a la música de una de las bandas nacionales que había ido a solemnizar la fiesta. Abajo, la ciudad se extendía con sus torres y parques, desperezándose entre el alegre repicar de sus campanas que llamaban a misa. El hormigueo humano seguía agitándose siempre, y allá, en las lagunas que esmaltan la sabana,

se veían como puntos negros los botes y balsas de los cazadores meciéndose sobre las aguas silenciosas.



X

—Buenos días, mis señores.
—Buenos días.
—Salga a ver quién es, Pastora.
—Es el viejito del *chucho*. Que qué le com-
—¿Tendrá agujas?
—Sí, tiene; y unas piececitas de cinta de lana negra, como las que quería su mercé.
—Dile que aguarde un momento, mientras despacho a Camilo, que se va para Funza a un mandado.

El viejo, puesto a un lado el cajón de la mercancía que llevaba de pueblo en pueblo hacía muchos años, como único medio de ganar la vida, se sentó en el poyo de ladrillos que a un lado de la puerta había, cubierto con estera de enea. Su respiración era fatigosa, el color del semblante no revelaba buena salud, y sus ojos cansados, decían a cualquiera que su vida estaba muy lejos de ser calmada y tranquila.

—Aquí estoy otra vez, mi señora. Traigo broches, hilo, cintas de lana, de hiladillo; unos

pañuelos muy bonitos, medias para los niños, agujas de máquina...

La tos le hizo interrumpir la lista de la mercancía y, levantándose, fué a escupir a un lado del balcón de madera, con extrañeza del caballo que estaba amarrado del pisador a la baranda.

—¡Ah, mi señora! Esta tos que quiere acabar conmigo. Poco es lo que me han hecho las últimas medicinas.....

—Pero es que tal vez le hace daño la humedad... Y para enfermedades del pecho, nada tan malo como estos fríos.

—Así es, mi señora; y pensando en irme para mi tierra; pero ¿con qué, mi señora? Si este negocito, que es lo único con que cuento, no da para nada. Apenas para la comida del día...

—¿Y de dónde es usted?

—De Chiquinquirá, mi señora. Y debiéndole a la Virgen la promesa que le hice por haberme sacado del hospital. Casi me muero, mi señora, casi me muero, y desde entonces he quedado con esta tos que cada día me va acabando más.....

—¿Quiere un vaso de leche?

—Bueno. Dios se lo pague, mi señora. Apenas esta mañana tomé un poquito de chocolate en la posada. ¡Si es tan malo todo lo que hacen allí! Y no es eso nada, mi señora, sino los malos modos con que lo tratan a uno cuando lo ven pobre y viejo.....

Con mano trémula tomó el viejo la taza, y en cuatro sorbos la despachó con el pedazo de pan que la acompañaba.

—Si su mercé necesita algo más, puede cogerlo, que yo volveré por aquí antes de irme para mi tierra. Con eso me haría el favor de guardarme en su poder, algo de lo que necesito para el viaje.

—No, no quiero más. Gracias.

—Si Dios me da licencia de volver, le traeré a su mercé un recuerdito de la Virgen. Un poquito de la tierra del pozo que está debajo de su altar, que dicen que es milagrosa.

—¡Bueno! Se la agradeceré mucho. Y que se acuerde de mí cuando pide a Nuestra Señora.

—Por supuesto.....

El viejo, haciendo un esfuerzo, volvió a coger la correa del cajón y se lo colocó sobre el hombro derecho. Tosió, quitándose el sombrero para despedirse, y salió al camino, por donde cruzaban cada rato coches y carros de pesadas ruedas.

—¡Adiós, mi señora!

—Que le vaya muy bien.

—Gracias.

Y paso a paso se fué alejando por la carretera sembrada de eucaliptos y sauces que mecían levemente sus ramas al compás del viento que llegaba a intervalos.

XI

—Capitán, el viento arreciará todavía más cuando lleguemos a la Punta. Mala carga llevamos con este ganado, y mal colocada está toda ella, pues el barco está muy empopado. El viento cambia continuamente, y si el sureste llega, vamos a tener un mal rato.

—¡Qué sabe usted de estas cosas, don Francisco! Aquí en el oficio he echado las canas que usted mira, y este es el noveno buque que manejo.

—No digo que no, Capitán; pero viejo soy yo también, y no es poco lo que he viajado por aguas y tierras. Por algo se ha dicho que de la experiencia es madre la ciencia.

—Es verdad... Pero, no tenga cuidado. Ahora que doblemos la Punta, nos hacemos a la costa, porque en realidad el viento es constante y así iremos siempre bien. Además, evitaremos tanta marejada... Creo que todos estamos hechos una sopa.

—¿Quiere un trago, Capitán?

—Pues... no será malo.

—Lo que hay es que casi no se va a po-

der comer, Capitán. Si casi no puede uno estar de pie. Y todos parece que están mareados.

—Menos yo—dijo uno de los pasajeros, quitándose la manta en que estaba envuelto y abriendo la boca en un largo bostezo.

—Feliz usted, amigo—le dijo uno de los pasajeros.—Ha dormido de lo bueno, y se despierta con ganas de comer algo.

—Más vale así; porque para andar tirado como un muerto y con el estómago fuera de lugar, maldita la gracia que tienen los viajes por agua. ¿No es así, Capitán?

—Exacto... Pero, mire, siéntese, porque de pronto le pega un golpe la *botavara*. Acuérdese de lo que le pasó a don Justo.

—¿Qué fué, Capitán?—dijo un pasajero descorriendo la manta con que se cubría, dejando ver un semblante demacrado y amarillento.

—Poca cosa. Que por andar maromeando como este señor, no supo cuándo se reventó el *contraviento*, le pegó el palo horizontal de la mayor, y... hasta el día de hoy!

—¡María Santísima! ¡Madre del perpétuo Socorro!—exclamó una mujer, dando un quejido lastimero.

—¡Pobre!—dijeron algunos.

⁂

—No es nada el viento, señor; lo que me tiene de mal humor es la carga... Es que el barco está mal cargado y por eso viene así como viene.

—Pero, Capitán, eso ha debido usted verlo antes. Es que ustedes están acostumbrados a jugar con la vida de unos.

—¿Y acaso la mía no corre riesgo también? Pero... *ya no hay lance...*

—Así es; y sobreviene una desgracia, que Dios no lo permita, usted se queda tan fresco...

—Eso es si no corre la misma suerte—dijo uno.

—No, señor; eso tampoco—continuó el Capitán.—Hace muchos años que tengo el oficio, y hasta ahora nada me ha pasado.

—Sí; y por esa confianza de ustedes siempre se viaja con estos temores y sobresaltos.

—Calla, hombre, calla, que no es la primera vez que viajamos por los mares. Acuérdate de los días que pasamos en el golfo de Vizcaya.

—Pero, hombre, don José María, ¿y usted puede comparar los marineros de nuestra tierra con gente que no conoce siquiera la brújula? ¡Si esto es detestable! Pero el Gobierno tiene la culpa. Yo no sabía que en un país como este se viajaba así! ¡Canastos!

—¿Desea otro poquito de limonada? Tal vez eso le siente mejor que esas gotas que está tomando.....

—No, gracias; ahora no quiero nada... Llegar a mi casa, eso es lo que deseo.

—Pues hasta mañana en la tarde, señora.—De seguro que temprano estarán las bestias de toros en el puerto, pues yo le anuncié la salida al patrón, en un telegrama.

—Primero llegamos nosotros que el despacho! Ya lo verá usted, Capitán, ya lo verá usted! Si, como decía el otro, los telegramas

aquí llegan tarde porque los malos caminos no los dejan llegar a tiempo.

—Así es—dijo el Capitán—riéndose de buena gana y poniéndose a un lado la pipa de barro con boquilla de hojalata.

—¡Vaya con el hombre!—dijo una de las pasajeras.—Si a esta gente no se le da nada con la vida de uno.....

—Cállate, Juanita, no sea que el hombre ese te diga una patochada y tenga yo que terciar. Algún día hemos de llegar a casa, y para entonces se las guardo todas.....

—No, y de veras que merece el viejo ese que se las cante sabroso. ¡Tan patón! Y lo peor es que lo trata a uno como si lo trajera de limosna.

El viento arreciaba sin ser constante, y el mar, cada vez más inquieto, levantaba olas inmensas que, al chocar entre sí, se convertían en espuma. El sol les daba tintes irisados, y las aves parecían saetas al descender del aire para hacer presa en los peces que se asomaban a la superficie opaca del agua. Las ráfagas se hicieron cada vez más violentas, y el barco se ladeaba a babor con movimientos más bruscos.

—¡Arría la trinquetilla!—gritó el capitán.

—¡La mayor!

—¡Jesús nos ampare!

—¿Qué es?

—Que el buque no gobierna.

—¡Estamos perdidos!

—¡Capitán! ¿Qué es esto?...

—¡No hay cuidado!... ¡No hay cuidado!... ¡Confianza en Dios!

—Ese maldito ganado que viene abajo!... ¡Si bien lo decía yo!...

Las ráfagas continuaron más fuertes. El buque dió varias cabezadas, pero inclinándose a un mismo lado.

—¡Que echen el ganado al agua!

—¡Que echen toda la carga! ¡que primero está la vida de nosotros!

Un crugido terrible puso el espanto en todo el mundo. El palo mayor se había roto por la base. El buque se inclinó más, y por la boca de escotilla comenzó a entrar el agua.

—¡Echen los botes!

—¡Virgen del Carmen, ampáranos!

—¡Señor de Esquipula, favorécenos!

El buque se iba hundiendo lentamente.

—¡Ya no hay remedio!—dijo el Capitán.—¡No se ha podido hacer nada!

***

Al día siguiente, uno a uno, desfilaron por la calle principal de Anzurema los cadáveres de los náufragos que las olas habían arrojado a la playa. Eran siete. Los de las mujeres estaban horriblemente desfigurados; los de los niños parecían dormidos, y alguno tenía en los labios dibujada una sonrisa, la sonrisa de un sueño.

Los que se salvaron acompañaron hasta el cementerio a sus desgraciados amigos.

—¡Allá van!—dijo un muchacho desde la

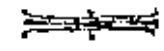
torre, mostrando al compañero el silencioso desfile.

Todos iban, con las últimas preces, a dormir en la tierra. Tres ataúdes grandes, negros, mal hechos, y cuatro pequeños blancos, muy blancos, con flores que había humedecido el agua bendita.

—¡Blón, bloón!—decían las campanas. Y luego tornaban el fúnebre doble por un repique alegre.

La gente de Anzurema se agolpaba a las puertas, para presenciar el cortejo. El sacerdote seguía diciendo sus oraciones en voz baja, defendiéndose del sol con su negro paraguas.

Y luego la tierra, abiertas las negras fauces, comenzó a devorar los despojos que el mar le enviaba como digno presente...



XII

Paso entre paso, cabizbajo, con los pantalones remangados hasta el muslo, una blusa impermeable de caucho, regalo de un marinero, y sombrero viejísimo de fieltro cuyas alas caídas le cubrían la mitad de la cara, iba el viejo lobo por la playa solitaria, con un cesto a la espalda donde se veían ostiones, langostinos y cangrejos, la provisión cotidiana que el mar le ofrecía constantemente para él y su familia.

De vez en cuando, llevándose la mano a la frente, la extendía en forma de visera y miraba al mar, al mar inmenso que a sus pies se extendía confundiéndose en todas partes con el cielo. Ni una vela asomaba en ningún punto. Sólo una infinidad de aves marinas poblaban los aires, desde donde caían al agua con la velocidad de una saeta, rozando apenas con sus alas la inquieta superficie. Y volvían a remontarse, con la presa en las garras o el pico, y allá, en las nubes, tenían el festín entre aleteos y graznidos amenazantes. Las olas, estrellándose siempre, arroja-

ban a la arena millares de peces pequeños, que brillaban al sol como objetos de plata, y los pelícanos, que rondaban tranquilos, los aguardaban con sus enormes picos para devorarlos sin descanso. Una langosta apareció envuelta en la ola que acababa de reventar.

—¡A buen tiempo llegas!—exclamó el vejete, poniendo el cesto a un lado y avanzando hacia el animal, que le extendió las largas antenas como para defenderse.

La reverberación era cada vez más fuerte y el rumor de las aguas siempre igual y melancólico. Allá, muy lejos, se veía una nube plomiza que ascendía lentamente; más acá, el peñasco sombrío de Farallón donde anidan los alcatraces y gaviotas... Picos azules de la cordillera a un lado; al otro, islas azules también donde andan los buques que comercian en conchas y perlas. Y las olas allí, con su salmodia eterna, levantando sus crestas como blancos erizos, seguían arrojando restos de madréporas, caracoles pequeños y conchas de colores de porcelana.

De pronto cambió el rumbo y se internó en el manglar.

—Oye, Simón... ¡Simooón!...

El viejo se detuvo, miró a todas partes y aguardó.

—Espérame ahí, que tengo que decirte una cosa.

Hablaron un momento, y luego, como vacilando de la resolución que debían tomar miraron a todos lados con muestras de ansiedad.

—¿Y están ahí en el pueblo?

—Sí; y esta noche, según nos ha dicho

Ruperto, que ha venido a todo escape, deben venir a rondar los ranchos. El Alcalde con ellos, como que conoce todas nuestras veredas, para él mismo amarrarnos a todos. ¡Otra vez la guerra, la guerra maldita! Y como el Gobierno no tiene voluntarios, nosotros, por la fuerza, tendremos que ir a defenderlos. El General Herrera ha desembarcado en Chiriguí con mil hombres, y es mucha la gente que de estos pueblos está yéndole a las filas. Dicen también que tiene dos vapores con armamento y mucha tropa. No hay más remedio: o morir de hambre o de bala. Ya usted ve cómo vivimos desde que los buques no van a Panamá. Estamos desnudos, sin qué comer, porque hace un año largo que no se siembra; y, para colmo de males, con el saqueo de las poblaciones ni remedios se encuentran... ¡Y esto parece que no tiene fin!

—¡Señor de Esquipula!—exclamó el viejo temblando y limpiándose los ojos con la mano —¡favorécenos! ¡Y yo que pensaba, como decía el blanco Rafael, que en esta tierra no volvería a haber guerra!... ¿Y para qué se matan los hombres, Juan de Dios, para qué se matan?

—¿Que para qué se matan? Pues para que se aprovechen unos pocos.

—Yo creo que esta noche no debiéramos llegar a la casa sino con muchas precauciones. Y como los que vienen a reclutar no reparan en nada, pues apenas le ven a uno le sueltan un tiro, lo mejor es que nos quedemos en la mata de afuera, desde donde podemos ver lo que pase.

—Así es; pero... ¿y la comida de la mujer y los muchachos?

No piense en eso ahora, que por una noche que dejen de comer no se han de morir. ¿Y si a usted lo cogen? Ya verá que hasta con los viejos cargan.....

—Es la verdad; pero.....

—Usted verá lo que hace. A ver cómo no. Lo que soy yo, no arrimo a la casa así se mueran todos.

—No, no digas eso, que primero está la familia que uno. ¡Cómo vamos a dejarla perecer, hombre! ¡Cómo la vamos a abandonar para que se muera hasta de hambre!

—En fin, cada cual hace lo que le parece. No es más que un consejo—dijo Juan de Dios dando un bufido y limpiándose el sudor de la frente.

—¡Alto!—gritó uno de a caballo, que acababa de salir del monte.

La corneta dió una señal, más terrible para aquellos dos hombres, que la del Angel en el último día del mundo. Dos disparos de fusil... Un militar a caballo... otro más... otro... ¡Una patrulla!

¡No hay remedio!—exclamó el viejo.—!Estamos perdidos!... ¡No corras, que te matan!

Y ambos se entregaron sin resistencia, porque la esperanza de salvación se había frustrado completamente.

Dos horas después soltaba el ancla el vapor de guerra que venía de la capital recogiendo conscriptos.

Cuando se alejó de la costa y las montañas

comenzaron a sucederse unas a otras tomando distintas formas a través del tenue velo azul que las envolvía, los dos hombres no pudieron contenerse y empezaron a llorar como niños.

—¡No sean flojos!—les dijo un joven oficial del «5.º de Cali». Hay que pelear cuando es necesario, amigos míos. Yo también tengo una familia allá, muy lejos, de la cual no sé nada hace mucho tiempo. Valor y a pelear por la patria, que ese es deber de todo buen ciudadano.....

—¡La patria!—exclamó el viejo Simón enjugándose los ojos.—La patria, Juan de Dios, ¿sabes tú qué es la patria?...



XIII

—¡Un hombre al agua!

—¡Jesús!... ¿Y quién es?

—Uno de los marineros que se estaba bañando; que se resbaló con el jabón del piso al llenar un balde, y..... allá va nadando. Pero quizás pueda recogerse!

El vapor, a las órdenes del Capitán, seguía obedeciendo como animal sumiso y volvió la proa en dirección contraria.

—¡Alla vá!... ¡Pobrecito!...

El muchacho nadaba admirablemente en dirección de la corriente, haciendo esfuerzos a la vez para alcanzar la playa. Apenas se veía un punto negro, que desaparecía para asomar otra vez con muestras de agitación desesperada.

—¡Un bote!... ¡Echen un bote!...

—¡Vapor! ¡Más vapor!—dijo uno de los pasejeros.—Quizás lo alcancemos.

—El no se ahoga, dijo otro.—Esta gente sabe bien el oficio.

—Sí; pero los caimanes!.....

—Allá se ve!...

—Sí, allá está!

La consternación, la angustia, el dolor, todos los sentimientos que hacen en ocasiones al hombre un sér perfecto, se trataban en el semblante de los pasajeros.

—¡Vea usted lo que es la vida!—exclamó uno.—Anoche tan contento el pobre, y ahora...

—¡Sí, lo sabemos!

—¡Dios lo quiera!—dijo una señora a quien el suceso tenía en visible excitación nerviosa.

—¡Pobrecito! El era el de los cantos todas las noches con el acordeón.

—¡Miren cómo se tiran!

Los caimanes, que con las negras bocas abiertas miraban al sol, comenzaron a arrojarse al agua desde su lecho de fango y siguieron la dirección del marinero.

—¡No se ahoga!—volvió a repetir otro de los pasajeros,—porque se vé que nada muy bien... Pero esos malditos caimanes!...

—¡Si lo salvamos!

—¡Virgen María, ampáralo!

—¡Ya le van faltando las fuerzas! ¡Ya no nada como al principio!...

—Es natural, señor mío. La corriente, el esfuerzo, la angustia... la angustia!

—Sí, la angustia más que todo—exclamó alguno... ¡Si no soy yo, y me estoy muriendo!...

—¡Allí está!... ¡Allí está!...

—¡Vapor!

—¡Eso es! ¡Más vapor, y lo alcanzamos al fin!

—¡Se hundió!

—¡Ya no parece, Dios mío!

—¿Qué le digo yo a la mujer cuando regre-

se del viaje? ¡Qué vida esta tan llena de tormentos!... ¡Y es el segundo que se me ahoga en este vapor!

—¡Contador!

—Capitán...

—Haga constar en el «Diario» todo lo que ha pasado. Haga un inventario de lo que haya en el baúl y póngale un sello. Es una acta que debe ir firmada por mí, por usted y dos de los señores pasajeros.

Fué extendida el acta en el «Diario», dejándose también constancia de lo que había en un baúl de hojalata claveteado de tachuelas doradas.

Unas cartas, una navaja, un frasco de agua de Florida, un sombrero, un par de botines, varias piezas de ropa, una corbata, seis pañuelos... Y en un paquetito, cuidadosamente doblada, una camisita de linón blanca, nueva y perfumada, que tenía en una de las cintas que formaban el lazo del pecho, una tira de papel con esto escrito en pésimos caracteres: «Para el bautizo de mi hijo».

XIV

Cuando el saqueo de Angurema, hasta los amigos de la revolución fueron víctimas de los excesos que ella engendrara, excesos que ellos mismos reconocieron, mas no sin paliar a su manera todo el horrible cúmulo de desgracias que cargó el país entero en tres años—que fueron siglos—de desenfrenada licencia.

El respeto a la autoridad fué mamotreto de intonsos que se echó lógicamente al olvido, y hasta Dios mismo fué objeto de las furias que se levantaron. Un sacerdote fué asesinado porque exigía los diezmos; un padre de familia, muerto con la mayor alevosía en los brazos de su esposa, a quien, con sus pequeños hijos, se maltrató brutalmente. Más de una iglesia fué profanada de modo soez y escandaloso, y el desacierto a todo lo santo y respetable fué cosa corriente, hasta el punto de que la vorágine quisiera engullirse a todos sin reparo.

Anzurema, de pueblo alegre y sonriente bajo sus palmas seculares, se había tornado en ce-

menterio tristísimo, donde ni los mismos amigos de la catástrofe querían vivir, y sólo por sus calles se veía alguna persona cuando alguna apremiante necesidad la obligaba a salir de su escondite. Era un fantasma que seguía agonizando, ciego en su rebeldía, y en espera de tiempos felices que no llegan nunca, ni podían llegar, porque ella misma se iba labrando cada día su desventura con su obcecación judaica.

Su Párroco iba mendigo de hospitalidad a los pueblos a donde las fuerzas de la legitimidad se movían, y la iglesia, que más de una vez fué trinchera de los que peleaban por la patria, pero sin profanaciones sacrílegas, ahora había sido objeto de escándalos horribles, y allí estaba diciendo a todos las iniquidades que en su recinto augusto se habían cometido más de una vez. La tierra guardaba el tesoro de sus vasos sagrados—medida prudente del Párroco, anciano a quien sólo irrespetó la furia demagógica, que no andaba en remilgos con los curas, «cuervos sombríos que la civilización rechaza», según la opinión de sus enemigos.

De pana negra y forro blanco de seda con *galones* de plata era el manto que vestía la imagen de los Dolores, la Madre de Dios que contempla a su Hijo divino colgado del madero afrentoso con tres infames clavos en pies y manos. La impiedad no se conmovió siquiera ante el cuadro del dolor infinito, del dolor omnipotente, y sin reparar ni en la sanción humana, profanó el santuario de la piedad y la misericordia.

Un desalmado había arrebatado a la Virgen su manto de luto para cubrir su desnudez de foragido, y al sacrilegio había agregado la burla y el desprecio. Sus mismos compañeros vieron con malos ojos aquella nefanda profanación, y si bien es cierto que condenaron su osadía, también lo es que ninguno fué capaz de castigar el desacato, como debía serlo, sin contemplaciones, que en tales casos son siempre criminales y funestos.

—¡Déjate de esas cosas, hombre!—dicen que le dijo una pobrecita vieja a quien se le presentó muy orondo, hablando blasfemias, hijas de una pervertida ignorancia. Déjate de eso, que con las cosas de Dios no se juega. Mira que la guerra no se ha acabado todavía, y que Dios puede castigarte.

—¡Viva la beata!—gritó el insolente, desmontándose del caballo en que andaba.—Pero deme un poquito de agua, que tengo mucha sed.

—Te la doy—dijo la pobre mujer—porque Dios manda que demos de beber al sediento; pero te confieso que me repugnas. ¡Vamos, hombre, que te tengo miedo!

—Sabe que me ha dado un dolor... ¡Ay!...! Aquí, en la espalda... ¡Ay!

—Cuidado, pues; cuidado con lo que estás haciendo!

—Alcánceme otro poquito—y volvió a apurar el vaso hasta el fin.

—¿Te sientes malo? ¿No te lo estaba diciendo? Vaya, pues...

—Sí. ¡Qué ardor tan horrible!.. ¡Me muero!... ¡Me muero!..

—Y lo peor del caso, hijo mío, es que el señor Cura no está aquí. Ustedes lo tienen huyendo. ¡Huyendo de sus feligreses!...

—¡Qué cura ni qué niño muerto!... ¡Es que yo me muero!...

—Pídele perdón a Dios por tus pecados, que es el único consuelo que te queda, hijo; no hables más barbaridades... ¿Quieres tomar unas gotas de Hungría? Es el único remedio que tengo.

—Bueno; ¡pero démelas pronto!

El mal fué avanzando rápidamente y comenzó a dar alaridos, que movían a compasión.

—¿Pero qué será esto? Si siento que me estoy quemando por dentro...

—¡Jesús, María y José!—fué lo único que contestó la pobre mujer santiguándose, con los ojos abiertos como si estuviera en presencia de algo extraordinario.

—¡Me muero! ¡Me muero!

Algunas personas que llegaron, atraídas por los gritos de desesperación de aquel hombre, viendo que no podía andar, lo pusieron en una camilla y lo condujeron al abandonado hospital.

Dos días después amaneció muerto, con ojos de espanto y el cuerpo todo lleno de úlceras que parecían quemaduras.

La piedad le ofreció algunas preces porque, como decía la pobre mujer, contando la profanación que ella había presenciado, «todos somos hijos de Dios y El manda a pedir por justos y pecadores».

XV

—¡Miguel!... ¡Miguel!...

—¿Qué?

—La niña sigue mala. Está como queriendo torcer los ojitos. Ya todo lo que se le ha hecho parece que no ha servido de nada. ¿Por qué no vas a buscar al doctor, que dicen es señor muy competente y que a los pobres no les lleva gran cosa?...

—¡Al doctor! ¡A otro con esas! Buena experiencia me ha quedado desde que se murió Danielito... Muchos remedios, muy pocas visitas, pero la cuenta... sin equivocación ninguna... La cuenta, por supuesto, si eso es para ellos el todo... Si uno se salva, muy bien, y si no... también hay que pagarle...

—Pero, hombre, ¿qué quieres que se haga? La criaturita sigue poniéndose mala; la fiebre es grande, y... ese quejidito, ese quejidito que no es nada bueno. Yo la veo muy decaidita, Miguel, muy decaidita. Debemos hacerle algo para que no se muera como la muchachita de Inocencia.

—Pues, hija, que se haga la voluntad de

Dios, que lo que soy yo, médico no he de ir a buscar. Hazle los remedios que a tí te parezcan, que si le conviene, eso será suficiente para ponerse buena, y si no, aun cuando vengan todos los médicos del mundo.....

—Pero eso es tanto como decir que no debe curarse uno cuando está enfermo. Si la niña no tuviera más que fiebre... Pero es que está muy mala. Ya no abre los ojos, y siempre con ese quejidito como de algo que siente por dentro... ¡Si se nos irá a morir también, Dios mío!

Envuelta en una sábana, entre olores de emolientes caseros, con la mirada intranquila y la respiración de cansancio que anuncia la agonía, la pobre criatura seguía quejándose de los agudos dolores intercostales que la herían, según decía ella, como una espina grande. La madre agonizaba también allí, al pie de la miserable camita, contemplando a su hija y al oscuro marco que encerraba una imagen de Nuestra Señora del Perpétuo Socorro que, colgada de la pared, se movía con el viento que silbaba al colarse por los agujeros del techo pajizo.

Afuera, en el alar del rancho, Miguel roncaba con los ojos medio cerrados, y el viento, arremolinándose a veces, arrancaba espartos del techo que le caían a la cara sin dar ni por esas la menor muestra de despertar.

—Mamá, tengo sed...

—Toma—y le acercó a los labios la pequeña taza de barro en que se veían hojas de verdolaga y de verbena.

No pudo acabar de tomarla. Comenzó a pali-

decer y a quejarse como si el aire fuese faltando a los pulmones, y el síncope volvió a repetirse. Sus ojos fueron enturbiándose en una cristalización tristísima, su cuerpo se estremeció en contorsiones de espasmo, y no se quejó más.

El llanto de la madre, silenciosa al principio, estalló al fin desbordándose en acentos de un dolor desesperante.

Los vecinos comenzaron a llegar. Algunos se dedicaron a la piadosa tarea de amortajar a la infeliz criatura en su miserable lecho, mientras la madre, arrodillada ante un baúl de construcción antigua, escogía la ropa que habría de servir de mortaja.

Una muchacha se presentó con varias flores, que regó sobre el lecho de muerte.

Mientras tanto Miguel, en su estado comatoso por los vapores del alcohol, seguía roncando sin que nada fuese suficiente a despertarlo...

XVI

—No, Crisóstomo, eso no puede ser. Cual más, cual menos, todos debemos contribuir para esa obra. Si Dios le da a uno, es para que también le demos a El. ¿Qué cuesta un animalito, un borrego, por ejemplo, aunque sea de los del hato que cuida Jeremías? Se rifa, y su producto, que será por lo menos el doble de lo que el animal valga justamente, se lo damos íntegro a la iglesia. Todos, aun los que no son de aquí, han ofrecido enviar al bazar su ofrenda por pobre que sea, y sólo tú te niegas a darla, siendo como eres vecino de esta parroquia.

—Ve, Dolores, te suplico por lo que más quieras, que no me molestes más. No doy nada y no doy nada! Si tú quieres, haz lo que te parezca. Lo poco que tenemos es casi tuyo, y así es que tú puedes disponer como a bien tengas de lo que hay... Regala la casa, hijo, regala también la casa, con eso ya mañana será un magnífico palacio en que vivirán muy cómodamente los curas que de Italia, y de España, y de Francia nos llegan

diariamente. De allá los botan... por algo será, pero aquí nosotros, los más pobres, muy listos a recogerlos, como si no estuviéramos ya hartos de los que cada año nos da el Seminario.

—No, hombre, no seas exagerado. Eso es lo que no me gusta de tí. Y para otras cosas mucha benevolencia y tolerancia... Pobres sacerdotes, que dejan su patria y su familia por venir aquí a levantar templos donde no los hay, a asistir a los infelices lozainos de Agua de Dios, a fundar asilos y casas donde los desamparados aprenden oficios para ganar la vida, a salvar familias enteras que, sin el amparo de ellos, quién sabe cómo vivirían. Chile, Argentina, la misma Patagonia, están diciendo lo que es esa Congregación que, bajo el amparo de nuestra Madre Auxiliadora, fundó Dom Bosco, ese hombre admirable cuya vida tú debes conocer, porque aquí la tengo. Y si no la has leído, bueno es que la conozcas. Dicen ustedes que las mujeres somos seres vanos y frívolos, y sin embargo, hablan así por decir algo, para que sus opiniones prevalezcan siempre. Pero así no se discute, porque nada bueno sale de una discusión que no es prudente sino porfía digna de hombres que no piensan lo que dicen.

—A los piés de usted, mi señora. Gracias por la piadosa plática; pero déjeme usted con mis ideas y siga usted con las suyas, ya que eso no ha de tener remedio. Ya le he dicho que haga lo que le parezca y que no me diga nada más...

—Pues sí le diré a usted siempre que se ofrezca, porque ese es mi deber de esposa

cristiana; y por lo que hace a mis hijos... mira, te suplico, te ruego por lo que más caro te sea, que nunca hables delante de ellos así. Yo quiero que ellos sean no sólo honrados, sino católicos como Dios quiere que seamos; de lo contrario, hijo, serán lo que han sido todos o casi todos los jóvenes que se educaron cuando de tu tierra viniste al Colegic del Rosario. Acuérdate de la carta que me escribió tu madre cuando le comunicaste nuestro matrimonio. «Mi hijo es muy bueno—decía la pobrecita,—pero tiene unas ideas que me desagradan mucho...»

—Pero, con todo y eso, así me quisiste, ¿no?—contestó el marido soltando una carcajada que tradujo un sentimiento muy bajo.

—Así es la verdad, mas en lo que debieras reparar es en que todavía te quiero, en que acaso te quiero hoy más que nunca, por lo mismo que necesitas de quien te aconseje bien...

El entusiasmo de la fiesta pareció llegar a su colmo cuando el primer toro de la lidia pisó el redondel del improvisado circo. Las dos bandas rompieron con un alegre aire nacional que todos aplaudieron con palmadas frenéticas, y las detonaciones de los coetes, por lo nutridas, semejaban descargas en campo de combate.

Cuando salió el segundo toro, Crisóstomo, que había cerrado el tenducho para ir a asomarse a la barrera, tomó la ruana que le ofreció uno de los espectadores, obligado por las repetidas instancias que le hacía, y se plantó delante de la fiera.

—¡Quítese! que lo mata—le gritó uno desde la barrera.

—¡A mandar a su casa!—fué la contestación que tuvo la caridad del consejo.

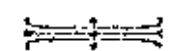
Y la fiera partió con un bufido terrible sobre Crisóstomo, que la esperó con la impavidez estúpida del que no sabe lo que es el peligro a que se expone.

No fué del todo malo el primer pase, y un aplauso, que alentó más al novicio torero, le obligó a desplegar habilidades que sólo resultan de una casualidad imprevista. Pero la fiera no dió tiempo al escape, y en la segunda arremetida Crisóstomo se vió por los aires y luego rodó al suelo con una herida gravísima en el costado derecho, privado del conocimiento y hablando palabras incoherentes.

Cuando llegó a su casa en brazos de los que le recogieron, maltratado y lleno de sangre, su mujer, pálida como un cadáver, no pudo contenerse, y llena de lágrimas le dijo:

—Ya ves, hijo, si todos te lo decíamos... Eso se llama castigo de Dios, por no recibir buen consejo.—Castigo de Dios...

—Sí—contestó él;—esto no es nada... Pero si tú me hallas grave, llama a un sacerdote, que quiero confesarme....



XVII

—¡Auxilio!... ¡Señor Alcalde!... ¡Auxilio de caridad, que me mata este hombre!—gritaba la infeliz mujer tendida en el suelo, arrojando sangre por la nariz, de los fuertes puñetazos que había recibido, e impotente para levantarse.

Aquel cuadro de la iniquidad en que la fuerza de la bestia se señorea de la debilidad, siempre que la ocasión se presenta, no pudo ser indiferente al patrón, joven delicado de salud que buscaba el equilibrio de su organismo en los trabajos y faenas del campo. Los médicos le habían prescrito abandonar la ciudad por un tiempo, tomar poco contacto con los libros, causa de la anemia cerebral de que venía padeciendo, hacer ejercicio con buen régimen en la alimentación y respirar con entera libertad el aire que fortalece a los pulmones.

Mas el medio, aquel medio enervador del espíritu, donde el mejor amigo es el libro o la expansión del pensamiento que se traduce en algo real o efectivo, era causa más que sufi-

ciente para que el fastidio y el abatimiento colmasen de hondo hastío aquella naturaleza expansionable. El cuerpo se fortalecía con el régimen prescrito, pero el espíritu, ávido siempre de vuelo, se veía, por decirlo así, víctima de un anhelo cuya realización era ya conocida.

En el paseo que diariamente hacía al pueblecillo, distante de la hacienda en que vivía cosa de tres kilómetros, su distracción no era otra que recoger flores silvestres, deleitarse con el canto de los pájaros, y por las tardes, cuando ya el sol caía a su ocaso, espaciar la vista en la variada tonalidad de ricos coloridos que las nubes presentan cuando el día va naciendo en arreboles de tintes maravillosos.

Un alto peñasco donde sólo crecían anayanes y raquíticos guayabos era su lugar predilecto, porque el panorama que a su contemplación se ofrecía era, en realidad, digno de almas que tienen el culto de la belleza.

Cuando el sol moría, el cuadro parecía ensanchar aun más sus vastas proporciones. Aquí los montes de vegetación exuberante; más allá la llanura amarillenta, que no riegan sino a trechos arroyos de aguas insalubres. La arteria poderosa del Magdalena, que va angostándose hacia su origen, regando islas de verdura siempre igual y risueña, y allá, en los últimos confines, la cordillera inaccesible que guarda ingentes riquezas que aun no las ha violado el hombre. El cielo extiende su inmensa cumbre de purísimo azul, y el aire, caliente y con reverberaciones asfixiantes, trae en su giro perfumes de vírgenes montañas.

El pueblecillo parece dormir siempre. Su pequeña iglesia no tiene más que una campana; el techo es pajizo y sólo ostenta un altar con dos retablos y un crucifijo de madera que pide hace tiempo un retoque. El cementerio, casi que no merece de tal el nombre. Es un cercado de piedra que se derrumba, donde no hay más que una bóveda cubierta con una cruz tosca que ha reverdecido en el invierno.

—¡Auxilio... auxilio, que me mata este hombre!—seguía gritando la mujer, con desesperada impaciencia.

La gente comenzó a acudir al lugar de donde salían los gritos, y al fin pudo darse cuenta de lo que pasaba cuando vió, bajo un matorral de árboles cuyas ramas y troncos estaban erizados de duras espinas triangulares, una mujer a quien el marido, hombrachón de mirada aviesa y atrevida, tenía en el suelo golpeándola horriblemente, mientras un muchacho, teniéndola por los brazos para que no se moviese, cooperaba de aquel modo al brutal maltrato.

No pudo contenerse el joven que, de un puntapié, derribó al hombre, al mismo tiempo que daba la mano a la mujer para que se levantase.

—¡No seas miserable!—le gritó, cuando ya la mujer, levantada del suelo, se afanaba más en reparar las rasgaduras del vestido que de las heridas y contusiones que le había causado.

—¿Y a su mercé quién lo mete?

—¡Atrevido!—y con la vara flexible de madroño que llevaba en la mano le aplicó varios

latigazos que le hicieron fruncir todo el cuerpo con muecas que hicieron reir a los que presenciaban la escena.—¿Por qué maltratas a tu mujer de ese modo, hombre? ¿A tu mujer que gana más que tú, porque siquiera es honrada en el trabajo?...

—¡No, mi amito, eso sí no! Su mercé ponga paz, pero no le pegue a Domiciano.

—¡Malagradecida!—exclamó el patrón.—Esto es lo que saca uno de hacer una buena obra, de tener lástima a los que sufren como esta imbécil.

—Todo será, mi amo; pero él es mi marido.....

XVIII

—Retírese, que ahora estoy ocupado. Vuelva a fines de la semana, que es cuando se verá si hay pago de los sueldos de ustedes.

—Pero, señor... usted me dice lo mismo todos los días. Y ya llevo devengados dieciséis meses de sueldo y todavía no se me cubre una nómina. Mi mujer está enferma, y no tengo esperanzas siquiera de vender una, porque nadie compra sueldos de la Nación... Y esto no puede ser...

—¿Y qué hacemos? Tengo orden de no pagar empleados, sino de atender únicamente al servicio de la guerra. Usted debe saberlo. Todo ese dinero que usted ve ahí, está destinado a las fuerzas del Folima, que hace mucho no reciben nada, pues las guerrillas se han apoderado de cuanto se les envía. Dos batallones, sólo para custodiar ese dinero, se despachan mañana, y a ellos también hay que suministrarles lo que necesitan.

El viejo se quedó inmóvil, en la mayor de las perplegidades, cuando dirigió una mirada a la mesa que le quedaba a la derecha y vió

sobre ella rimeros de billetes atados que casi llegaban al cielo raso de la oficina.

—No hay para pagarme un mes de sueldo —pensó el infeliz—y todo esto aquí para otros.

—Eso que ve usted ahí—le dijo el Tesorero, que pareció adivinar lo que el viejo pensaba—va íntegramente para el Ejército del Folima y la Costa, que están careciendo de todo hace ya muchos meses.

—¡Ah, si yo fuera soldado!—exclamó el viejo lima y la Costa, que están careciendo de todo tendría tantas necesidades.

—¿Y si lo matan?—replicó el Tesorero riéndose.

—¡Ay, señor! Quién sabe si entonces estaría mejor que ahora viendo la miseria que llegó hace días a mi casa...

Aquellas palabras no fueron capaces de ablandar en lo más mínimo al señor Tesorero, acaso porque no era la primera vez que a él llegaban los lamentos de tantos infelices que viven atenidos solamente al sueldo mezquino con que la Nación retribuye sus servicios. Pero la justicia se rebela también cuando la iniquidad trata de vencerla, y el pobre viejo sintió indignación al pensar que el derecho con que reclamaba lo suyo, tenía para otros las faces de una verdadera limosna.

—¿De manera que ni dos meses siquiera me puede cubrir?

—Pero, señor, ¿no le he dicho ya que vuelva a fines de la semana?

—Y entonces... me dirá usted lo mismo.

—Vea, hágame el favor de retirarse. Ya le he dicho que no pago.

—Pero, no se moleste usted, señor; no se moleste usted...

—¿Y por cuánto es el giro, al fin?

—Por seiscientos cincuenta mil pesos, en billetes de a diez y de a cinco.

—Entonces, mañana a las nueve. ¿Puede usted venir a recibirlos?

—Está bien... ¡Hasta mañana!

—¡*Au revoir!*—contestó sonreído el Tesorero, haciendo una venia al despedirse.

La puerta, al abrirse, hizo sonar el timbre eléctrico de una de las ventanas interiores.

—¡Vaya! Ya salí de este pago—exclamó al volver a ocupar su sillón forrado en terciopelo rojo.

—Señor...

—¡Hombre! Usted aquí todavía. Pero si ya le he dicho que se vaya, porque no hay pagos.

—Pero... ¿será posible que no se me cubra ni una nómina después de dieciséis meses de trabajo?...

—Que se retire, le he dicho, o lo hago salir...

—No, señor, yo me voy... pero... ¿cuándo podré volver?

—¡No sé!

—Buenas tardes, señor Tesorero.

—¡Que le vaya muy bien!

Cuando bajó al patio, la angustia más cruel se pintaba en su semblante. Sus esperanzas habían vuelto a hundirse en un mar de angustias que tocaba a la desesperación misma. De pronto notó que alguien le tocaba en el hom-

bro. Volvió la cara y se encontró nada menos que con el individuo que acababa de salir de la oficina.

—Diga usted, amigo mío, ¿quiere negociar las órdenes?

—Sí, señor, se las vendo.

—Sesenta por ciento de descuento, por ser à usted, pues comprendo que está urgido de dinero, ¿no es así?

—Sí, señor, bien urgido. Ya usted lo sabe, pues se encontraba en la oficina del Tesorero cuando fuí a cobrarlas... ¡Pero al sesenta!...

—Si no quiere, vamos, no hay nada. Piénselo bien. Esos sueldos ya no los pagan.

—¿Usted lo sabe tan bien como yo, ¿no es verdad?

—Sí; ¿pero qué me dice del negocio?

—¡Que son suyas!

Y el pobre viejo cogió camino de su casa, no del todo desconsolado, murmurando al repasar los billetes que había recibido: sí, al sesenta por ciento de descuento, me sale únicamente el sueldo por cuarenta pesos... ¡Dios mío, cuarenta pesos!... ¡Cuarenta pesos!...

XIX

—Aguarde un momento, mientras llega el amanuense, que salió a la calle hace un rato, para asentar en el libro la partida de defunción. Siéntese ahí.

El señor cura señaló al feligrés un taburete de suela, que el viejo recostó al marco de la puerta, al mismo tiempo que sacaba de uno de los bolsillos de la sotana un pañuelo de colores, para enjugarse el sudor que le inundaba la cara.

—¿Y cómo fué esa desgracia, hombre? Cuéntame lo que pasó. Me han dicho que Tomás estaba embriagado y que fué él quien provocó la molestia.

—No, mi señor cura; así no fué. Tomasito sí tenía sus tragos, no he de negarlo, pero a nadie buscó camorra. El origen de todo fué la hija de Melchora, la niña Felipa, que su mercé conoció cuando estuvo en el Valle. Entonces era sirviente de don Luterio Quiroz, que estaba tomando los baños en los pozos de salud. ¿Se acuerda su mercé?

—Felipa... Felipa... ¡Ah, sí! La que siempre

andaba con uno de los niñitos de Eleuterio. La que se iba ahogando en el río...

—¡Esauto! ¡La mesma!

—Bien. ¿Y cómo pasó la desgracia esa, hombre? ¿Cómo no pudieron ustedes impedirla?

—Allá voy, mi señor cura. Es que cuando la desgracia viene, no hay quien la detenga. Dice un dicho que «la que viene lisa no trae arruga», y eso es tan verdadero, que esto que ha pasao no deja duda de que así es... Tomás pretendía la muchacha para casarse, y ya se decía que le había hablado a la madre, y que ésta era consentidora del matrimonio; pero la muchacha, que a todos hace buena cara, no se hacía indiferente a los dichos de Dionisio, aquel muchacho que tuvo don Belisario de llevar pescado cuando puso la pesquería en la Albina... ¿No lo conoce su mercé?

—Sí; a ese sí lo tengo muy presente, pues aquí estuvo trabajando cuando la composición de la iglesia.

—Eso es; que su mercé mandó varias veces a traer barniz de «La Arenosa».

—Sí, sí; ya sé quién es.

—Pues bien, ese Dionisio pretendía también a la muchacha; pero como ella se inclinaba más bien a Tomasito, de ahí que entre los dos no hubiera paz nunca. Siempre andaban dispuestos a reñir, y más de una vez los amigos evitaron las molestias, y hasta llegaron a reconciliarlos. Pero ellos siempre quedaron con su *pique*, hasta parar en esta desgracia. El domingo de Resurrección hubo baile en casa de las Yepes, y en él se encontraron con la muchacha, que era de las bailadoras,

Tomás y Dionisio. Yo no estuve presente cuando ocurrió la desgracia, pero todos dicen del mismo modo cómo pasó la cosa. En uno de los intermedios del baile, Dionisio llamó fuera de la casa a Tomás y le preguntó que si él pretendía a Felipa, y como le contestara que sí, de ahí salió todo. Nadie vió cuándo comenzó la riña, pero a los gritos de Tomasito que decía: «¡Yo estoy desarmado; no me mate así!», salieron los del baile, y cuando llegaron a la mata que queda del lado arriba de la casa, sólo vieron a Tomasito en el suelo, ya agonizando, y alcanzaron a ver a Dionisio que corría como loco para el lado de Matambre.

—¡Blón... bloom!

—Ya viene el cadáver—dijo el señor cura, interrumpiendo la conversación y abotonándose la negra sotana.—Nos vamos.

—Así es, mi señor...

. . . . ,

—*Requiem æternam dona eis, Domine.*

—*Et lux perpetua luceat eis.*

—*Requiescat in pace.*

—*Amen.*

***

—Destapa el cadáver, Manuel Antonio, que deseo verlo.

—¡Jesús!... ¡Qué horror!—dijo el sacerdote ante la honda herida del cráneo que dejaba ver la masa encefálica.

—¡Blón!... ¡blooón!...

—¡Blom!...

XX

—¡Arriba!... ¡Arriba!... Ya está poniéndose la luna, y es necesario ver si no nos va tan mal como en la semana pasada. Hay calma, y se ve *rayar* el cardumen. ¡Arriba! ¡Arriba!

—Patrón, sería bueno que Juan Manuel pilotease hoy. Este Patricio es un poco atolondrado, y no queremos que nos pase la de antier.

—Bueno; pues que no pilotee Patricio. ¡Arriba! ¡arriba! que hay que aprovechar la marea y ver si mandamos unas cargas al pueblo. Ya saben que no hay pescado en Niope, y el que han llevado a Anzurema es todo chico y de mala calidad. Ya pasado mañana es miércoles de Ceniza, es decir, que se entra la cuaresma, y es necesario hacer provisión para estos días, pues pienso suspender el trabajo desde el sábado de Ramos. Vamos a ver, muchachos, que el mar está convidando como nunca. ¡Arriba!... ¡arriba!...

Los pescadores fueron dejando la cama, especie de barbacoa de palos durísimos y nudosos, comenzaron a chancearse entre sí como

de costumbre, tomaron agua para ascarse la boca, alguno encendió inmediatamente la pipa, y todos bostezaron desperezándose, en contorsiones de culebra.

—¡Uumci!... ¡Hace frío, patrón!... Y el cafecito todavía demora. Eso ya se sabe, que Silviana no se levanta sino allá con las seis y media o siete...

—Bueno; pues se toma después. Por ahora, confórmense con un trago. El que quiere, que diga. Dicen que en ayunas es malo. En fin, ustedes dirán.

—Echelos, patrón—contestaron todos.—Eso no es malo sino cuando no se trabaja y el cuerpo permanece sin traspirar. El trabajo de hoy no será poco, pues, por lo que todos dicen, iremos hasta la «Bocanueva» recorriendo la costa... Pueda ser que nos vaya mejor.

—Sí, he dispuesto que así sea, porque... ¡mis hijos! Ya ven ustedes cuánto he metido en el negocio, y lo que hasta ahora veo es sólo pérdida que, no es mucha, es cierto, pero que pérdida es.

—Sí, patrón; que sean en el nombre de Dios los últimos *lances*. Pueda ser que...

—Que no pierda tanto, Pascual. Con eso me conformo. Pueda ser que el año que viene no me vaya tan mal. Todo es así en la vida. Las alternativas, hombre, las alternativas que todos tenemos.

—Así es, patrón.

Los botes se alejaron de la costa, recogida la red en uno, mientras el otro, detrás, seguía acompañándolos con balanceo más fuerte, se-

mejante a un delfín que saca a la superficie la enorme cabeza dando resoplidos.

—Ahora sí viene pesadita—dijo uno de los marineros.—Como sean roballos y corbinas...

—¡Qué! Con *sardinatas* me conformo, como no sean muy chicas. Algo, algo es lo que se necesita, porque en el pueblo no hay nada... Ya ven cómo vienen hasta aquí a buscarlo.

La gente se fué distribuyendo en dos grupos, y el que primero cogió el extremo del cable que desde uno de los botes arrojó uno de los marinos, comenzó la tarea de recoger la red.

—¡Aguanten!—gritó el patrón.—Aguanten a que los otros recojan el otro cabo... ¡Ahora sí, muchachos!

La red no se veía. Los tripulantes de los botes saltaron a tierra y comenzaron a tirar de los cables.

—Está pesadita, patrón—volvió a decir otro.

—No hay que alegrarse todavía—contestó éste.—Pueda ser que Dios quiera...

De pronto se vió un zarpazo que agitó el agua, produciendo una ola mayor que las otras.

—¡Viene algo grande esta vez, patrón!

—Ojalá sea un bagre.

Uno de los palos de la red asomó en la superficie.

—¡A los palos, muchachos!

—Es que está pesada...

—Traigan un arpón, que el animal ese puede romper la red.

—¡Allá va!

—¡Pronto! ¡Pronto!

—Dale, José María, dale bien, ¡que se nos va el maldito!

La sangre comenzó a teñir el agua y los zarpazos fueron cada vez más violentos.

—¡Es un tiburón!

—¡Y de los que nos meten sustos todos los días!

—¡Aguanten un poco!

—¡Ahora sí! ¡A fuera!... ¡A fuera!...

—¡Nada!—exclamó el patrón desconsolado, al ver que muy poco se había recogido.

—No se entristezca, patrón, que algo es salir de un enemigo. ¡Y mírelo, que no es chico el bribón! Este es el que nos persigue apenas nos hacemos un poquito afuera.

—¡Dale, dale bien!

El animal salió a la playa dando un bufido horrible, y todos le cayeron con rabia, con el arma que pudo, para rematarlo.

—¿No es mucho el daño, Toribio?

—Algo, patrón; pero esto se remienda ahora mismo.

—Abranlo, que aunque sea la manteca, se aprovecha.

—Y la carne, patrón; si por aquí hay mùcha gente que se la come.

—Pero yo no la vendo. El que la quiera, que se la lleve.

—¡Arrímese, patrón, arrímese!—gritó de repente uno de los que se ocupaban en desollar el animal. Arrímese a ver esto...

—¡Jesús! Este era el que deseaba encontrar. ¡Al fin cayó!

Del enorme vientre del animal, comenzaron a salir restos humanos.—Un cráneo... un pe-

dazo de fémur... una tibia... costillas rotas...

—Recojan esos restos para enterrarlos. Echenlos en este cajón... Las víctimas del «Amalia», que se perdió en la boca de «Las Guías». Sí, no pueden ser de otras...

—Esto es lo que se llama estar de malas —exclamó un marinero.—Bregando tantas horas para salir con entierro...

—¿De malas? ¡No! No ha venido pescado, pero hemos salido de este animal, que había hecho tan horrible carnicería en nuestros semejan[illegible] estaba [illegible] también para [illegible].

—Pues, [illegible] por lo que hace a [illegible]

—¿[illegible]?

—¿Qué?

—Me han dicho que en un periódico hay un aviso del Gobierno en que se ofrece una buena gratificación al que pescara este animal.

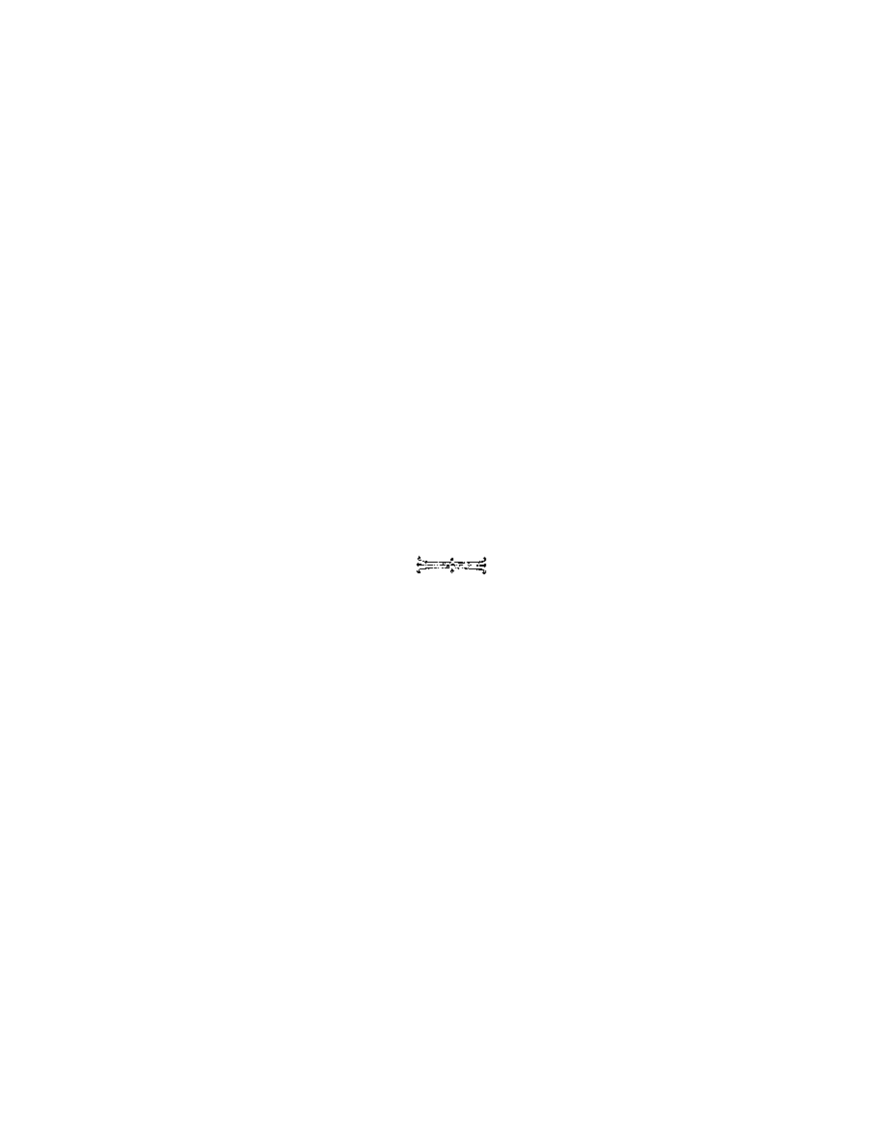
—No pienses en eso, Marcelino. Eso dicen y eso ofrecen, pero no dan nada.

—Sí; pero de todos modos hay derecho a reclamo... Yo sí creo que pagan...

—Paguen o no, para mí es lo mismo. Pero, eso sí, me queda la satisfacción de haber matado este enemigo terrible que quién sabe cuántos más se habría comido.

—¿Y el daño de la red?... ¿Ni eso quiere usted que le paguen?

—No pienses en eso. Dejen eso ahí, muchachos; remienden la red de cualquier modo, y vamos a echar otro lance. Si es que hemos hecho obra buena, como es la de reco-



generalmente en los meses de verano, Jerónimo acostumbraba a pasar horas enteras de la noche en el arrozal, trepado en el mampuesto que había hecho con todas las precauciones del caso en uno de los lobos de la sementera, acechando los venados que venían a hacerle, como él decía, destrozos de *ensignificación.*

La luna iba bien adelante en su curso cuando salió del rancho, acompañado de Francisco, el mayor de los hijos, que apenas contaba doce años.

—Bueno, hasta mañana—le dijo a su mujer que, recostada a un pilar de la casa, le tenía la escopeta mientras él, inclinado hacia el suelo, cortaba con su cuchillo de monte una de las correas de la sandalia de cuero, para ajustársela mejor a la planta dura y callosa del pie derecho.

—¿Y hasta mañana por qué? ¿Piensas quedarte en el monte toda la noche?

escurrirse encorvado por entre los matorrales del estrecho camino.

—Por aquí—le dijo al hijo, cambiando la dirección acostumbrada, que era la más corta para llegar a la entrada de la roza. Ya tú sabes dónde está el mampuesto: en el algarrobo por donde pasa el camino para la casa de Nicasio. Yo subo y tú te quedas al pie; pero ya sabes que hay que estarse muy quieto, pues esos animales son tan maliciosos que con el menor ruido se asustan.

—Sí, señor.

—Y que no te vayas a dormir como la otra vez.

—No, señor.

Caminaron un rato por la angosta vereda hasta llegar al árbol cuyas señales había dado Jerónimo a Francisco. El primero, que todo lo tenía ya preparado, ascendió al lugar del mampuesto, agarrándose a los fuertes bejucos que, desde la copa, bajaban hasta las raí-

Las matas volvieron a remecerse, y un bulto, el bulto de un animal que atisba también a todos lados con el instinto del peligro, le convenció de que ahí estaba el enemigo que buscaba, el venado que venía haciéndole considerables daños en la sementera.

Tac... tac... Y apuntó.

Salió el tiro, que repercutió un momento hasta perderse muy lejos, y luego, poniendo a un lado la escopeta, bajó rápidamente y se dirigió al punto donde debió caer la pieza. No reparó siquiera (tal era la emoción de gusto que le embargaba) en que su hijo no estaba al pie del árbol donde le había dicho que se estuviera.

—¡Ay! ¡ay! ¡Me mató, papacito!

—¡Muchacho! ¡Tú aquí! ¿Y qué viniste a hacer por este lado? ¿No te dije que no te movieras del pie del algarrobo?

—Fué que... que vine... a ver...

—¡Jesús, María y José!... ¿Y dónde fué la herida? ¿Dónde fué el tiro?

—Aquí... aquí...—y se rasgó la camisa para mostrar las heridas.

La clavícula derecha estaba destrozada, y la munición, al salir por la espalda, dejaba ver la herida más sangre. La sangre le bañaba todo el cuerpo, corriendo hasta el suelo, donde se formaban pequeños charcos apenas se detenía.

—Tal vez no es nada, hijo—decía el padre temblando [illegible] —Una misa le ofrezco a Nuestra Señora del Carmen para [illegible] ¿Sientes mucho dolor?

—Algo. Lo que tengo es mucha sed. Deme agua.

—Aguarda, hijo, a que lleguemos a casa. El agua fría quizás te haga daño.

—¡Ah, papá! Estoy viendo turbio... Quiero arrojar—y cayó desfallecido al trasmontar la cerca.

—¡Dios mío!—exclamó Jerónimo.—¿Y qué le digo yo ahora a tu madre?

—No se preocupe por eso... Dígale... dígale que yo tuve la culpa...

—¡Pobrecito hijo mío! Pero tú no te mueres. Ahora mismo voy al pueblo a buscar remedios.

—No se afane... no se afane... que yo no me muero...

—¡Virgen del Carmen, sácame con bien!

—Y cuando tenga mi escopeta, ¡qué buena cacería la que vamos a hacer!... Pero este Lucas, que no espanta las gallinas! Sí, para el Corpus voy al pueblo... No, no, quítate de ahí,

que me quitas la luz y no puedo tejer bien mi sombrero...

El delirio comenzaba. La frente ardía por lo intenso de la fiebre y la mirada iba siendo cada vez más vaga y sombría.

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo he matado yo a mi hijo—seguía exclamando Jerónimo, lleno de lágrimas.—Pero... ¿y qué le digo, qué le digo yo a mi mujer ahora?...

XXII

Desde la torre, después de haber dado el primer repique, veía a cada rato para la casa del señor cura, aguardando la señal que desde allí se le hacía para continuar la tarea. Tarea grata para él cuando, acompañado de otros muchachos, hacía hablar a los bronces todo lo que a él se le antojaba. Es un arte, un arte que tiene también su estudio, por más que parezca demasiado sencillo. Y el que dudare de ello, el que desee convencerse de que así es, que suba a la torre, coja las campanas y que las haga decir lo que ellas dicen cuando están alegres. Entonces reconocerá su torpeza, y comprenderá que los sacristanes saben algo que no es del dominio de todo el mundo.

—¡A dejar, muchachos! Ya sonó la campanilla de la casa cural. Miren al señor cura en la puerta cómo está afanado porque demos el último. ¡Pobre! Es tardísimo ya; pero él tiene la costumbre de aguardar la gente que viene de los campos, para que ninguno se quede sin la misa.

—Sí, y como los indios lo saben, se hacen los interesantes. Todo lo que traen lo venden a los que salen a hacerles la parada al camino, para después tener uno que comprar más caro. Si los que tienen la culpa de todo son los mismos del pueblo.

El concierto de los bronces comenzó como era de esperar, digno de aquellos muchachos para quienes una de las glorias de su pueblo está en tener buenas campanas, y en repicarlas como no saben hacerlo en otra parte. Fué un repique largo, muy largo, en que hubo variaciones que no dejan de distraer a los que se fijan en aquella primera novedad del lugar.

Anzurema tiene tres campanas muy buenas, y una rota, que hace contraste singular con las otras. Es ni más ni menos que una carraca de bronce que perdió, desde que la rompieron, los fueros de campana. Pero todavía, a semejanza de ciertas viejas que las dan de presumidas en las reuniones de los jóvenes, la campana de Anzurema vuelve todos los días por sus fueros, aunque sea para entretener a los que de ella se ríen. Parece que dijera a veces: «No se rían de mí, que yo soy más digna de consideración que mis compañeras. Aquí llevo grabada mi fe de bautismo en caracteres de relieve que el tiempo no ha llegado a borrar por completo. Soy de Valladolid, y me trajo un ilustre Prelado de los tiempos coloniales. Hombre piadoso y rico de aquí me colocó allá abajo con mis otras compañeras; mas cuando se levantó la torre, en hombros me trajeron hasta aquí. Mi voz

es cascada, pero donde estoy, lleno una época entera. Yo guardo los secretos que acaso se sepan solamente el último día. Yo hago evocar memorias olvidadas y asisto todavía a los cambios de todo género que el tiempo va trayendo en su paseo rápido a lo inmutable y eterno...»

—¿Oyes lo que dicen ahora?—le preguntó un muchacho que cruzaba la plaza, al compañero.—Escucha...

Yo soy la más bonita
De la ciudad;
Yo soy la más bonita
De la ciudad!

—¡De veras! Sí, sí; lo dice clarito.

—¿Y ahora? Ya cambió el son. Ahora ¿qué dice?

—¿Que qué dice?

—Sí, hombre; fíjate bien... Escucha...

—Pues no sé...

—Escucho... Si lo dice también muy claro. Ahí está:

—Me voy de aquí,
Me voy de aquí...
—¿Y a dónde vas?
¿A dónde vas?
—Para otro pueblecito
Que quiera más...
Para otro pueblecito
Que quiera más.

—Pero, hombre, ¿y a tí quién te ha enseñado tanto?

—Si no es que me hayan enseñado, no seas majadero. Es que parece que los sonidos dijeran eso. Y como los repiques no son todos iguales...

—Bueno; pero no te incomodes.

—Si no me incomodo. Es que tú tienes un modo de hacerte el zumbón...

—¡Se acabó, hombre, se acabó!

—Se acabó, pues, se acabó.

Y dando al olvido la discusión, ambos se alejaron por una de las calles, confundiéndose entre la gente que, con lo mejor de vestir, iba camino de la iglesia.

Juan Bautista, el sacristán, todo sudoroso y jadeante por la tarea que en la torre había desempeñado a contentamiento de todo el mundo, y hasta de él mismo, que no reconocería superioridad a ninguno de los del oficio, se dedicó al arreglo del altar.

Cambió el mantel, apnntando con alfileres el otro que llevaba muy limpio y planchado: puso nuevas flores, de las que en pañuelos y canastos llevaba hasta las gradas las piedras y devoción del pueblo; llenó las vinageras; colocó el lavabo del lado de la Epístola; arregló la alfombra de la pesada tarima, hizo ante el tabernáculo la genuflexión debida, examinó el incensario, soplando con la boca sobre las áscuas cubiertas de cenizas, y se puso a ayudar al señor cura en la obra de revestirse para la celebración.

—Sí, son ornamentos blancos—dijo el saeerdote hojeando la «Rúbrica».

—¿Ya está todo?

—Sí, señor. Lo que falta es espacio en la

iglesia para el gentío que viene. Desde la torre estaba viendo esos caminos blancos de la gente que por todas partes está llegando. ¿No, Damián?

—Sí... Y no es poca la que viene de las veredas de «La Estancia», «Buen Retiro» y «Cabuya».

—¡Pobres! Hace tanto tiempo que no oían ni siquiera misa por motivo de mi ausencia... Pero yo no he tenido la culpa...

—¡Buenos días, mi señor cura! ¿Cómo está su mercé?

—Aquí, hijo; preparándome para decirles la misa...

El señor cura extendió la mano al viejo feligrés, el cual, inclinándose respetuosamente, la besó, exclamando con visible alegría:—¡Y yo que pensaba que no volvería a besar esta santa mano!

—Ya está encendido el altar—dijo Juan Bautista.

—Vamos, pues...

Y el sacerdote, precedido de Juan Bautista, que en una mano llevaba el incensario y en la otra la caldera del agua bendita con el hisopo, se dirigió al altar diciendo palabras en latín, y descubriéndose con una venia ante el altar de la Inmaculada, donde se hallaba también el Santísimo.

Fué solemne la misa, como era de esperarse; y, contra lo que era de suponerse, muchas fueron las ofrendas en dinero que recibió el platillo de recogerlas cuando el sacristán, a la hora del Credo, recorrió la iglesia en demanda de ellas.

Pasada la misa, el señor cura regresó a su casa acompañado de muchas personas, la mayor parte regidores de los campos a quienes él, por una inveterada costumbre que arranca desde la época colonial, inviste del carácter policivo que la ley misma reconoce como fuero privilegiado.

Cuando quedó solo, fatigado de la larga ceremonia y de la visita de los feligreses, se le acercó Juan Bautista, y, entre temeroso y resuelto, le dijo en voz baja:

—Quiero decirle a su mercé una cosa; pero que no oiga nadie.

—Pues, hijo, esta tarde tengo que confesar a algunos. Allá te espero...

—No; si no es cosa para decirla en el confesionario. Es que siempre andan por ahí curiosos, y no quiero que oigan.

—Bueno. Habla en voz baja.

—Es... Pues es que desde los otros días la vieja esa beata de María de la Cruz me está molestando para que le dé una cosa que yo no puedo darle. Hoy volvió con la contraleta, y le dije que por qué no se lo pedía a usted, que usted era el único que podía dar eso.

—¿Y qué fué lo que te pidió?

—Pues nada menos que uno de los corporales, diz que para lavarlo ella, porque lo que quiere es la enjuagadura, no sé para qué.

—¡No lo digo!—exclamó el señor cura poniéndose rojo de cólera.—¡No lo digo! Si esa mujer, que no quiere salir de la iglesia es, como todo el mundo ha dado en decir, no de ahora, bruja! ¡Bruja, Juan Bautista, bruja!

—Señor cura, ¿y usted cree en las brujas? —dijo la cocinera asomando la cabeza por la puerta para llamarlo a almorzar.

—Yo no creo en brujas, Gertrudis; tú bien sabes que no creo en las...

Y luego, como hablando consigo mismo, dijo dos veces de seguida:

—Pero de que las hay... ¡las hay!

XXIII

—No, Marcelino; este tambor está destemplado. Componlo, porque así no se puede cantar. Nosotros por un lado y ustedes por otro. Me parece que así sí se acabará pronto, porque lo que soy yo no sigo cantando así me rueguen de rodillas.

Y comenzó el preludio. Vestida con el traje que requiere el baile popular que a todos agrada, acaso porque realza de modo singular la belleza de las mujeres, la muchacha, que era bastante hermosa, llamaba la atención, más que por la boca donde lucían dos hileras de blanquísimos dientes, por los ojos. Ojos negros de profundo mirar, que se movían en sus órbitas despertando deseos en quien en ellos reparaba. Ella parecía comprenderlos, porque nadie escapa a sus destellos, destellos de una alma que goza en un placer inocente, por más que otra cosa crean los refinados y mojigatos. La flor que en la cabeza llevaba realzaba aún más su belleza, y la gracia con que sabía sonreir a todo el que la miraba era atractivo que, como decía uno de sus ad-

miradores, era capaz de hacer perder la chaveta al más santo.

—Eso es; ahora sí, Marcelino, ahora sí— y salió invitada por uno de los caballeros del círculo que formaba con las demás mujeres.

Aquello fué un verdadero derroche de gracia. Algo de la seductora sal de Andalucía mezclada a la nativa, se juntaban en ella, haciendo de todos los que la veían, admiradores tan entusiastas, que rayaban ya en algo que parecía locura delirante.

Sombreros, pañuelos, puñados de dinero: todo cayó a los pies de la bailadora que, con una sonrisa, pagaba a todos la galantería de que era objeto.

—Ahora sí que está bailando
La rosa con el clavel...
—Y yo estoy aquí esperando
Platita que recoger,

cantó en seguida un sujeto, inclinándose para ver cuándo caían las monedas.

No fué larga la expectativa, porque de pronto una mano, que se levantó sobre las cabezas de los que a la puerta estaban, soltó una puñada de monedas que sonaron deliciosamente en el aire. La gente se agolpó, apiñándose a recogerlas con tal imprudencia, que los que bailaban tuvieron que detenerse por temor de caer.

—¡Viva Julianita!—gritó en su entusiasmo el que había regado las monedas.

—¡Viva!—contestaron muchas voces, hacien-

do eco al señor aquel, poderoso en su tierra, que una vez al año salía de su casa solariega a divertirse como lo hace todo el mundo. Muchos son los trabajos y azares que guardan los días que uno vive—decía él con aires de filósofo con ribetes positivistas—para no soltar una que otra vez una cana al aire, en un medio como aquel tan exquisito, formado por los amigos y las muchachas de buen parecer.

—¿No es así, Benjamín?

—Así es, y si no, que lo diga el tío Manuel de Jesús. Quien lo ve no lo conoce. Dice muy serio que así como es indispensable ayunar en la cuaresma y confesarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia, bueno es también, o a lo menos nada de malo tiene, sacudirse así de lo lindo, entre las flores de nuestra sociedad.

—Sí, que se divierta. Cuarenta años de trabajos descuajando montes para formar las hermosas dehesas que posee, acaso de las mejores que hay en todo el país, dan derecho a eso y mucho más...

—¿Y a qué más? Vamos a ver, ¿a qué más?

—Pues, hombre, hasta decir cuál es la señorita que más le gusta de las que aquí se encuentran.

—¡No, no! Ya eso es otra cosa. Yo soy hombre de respetos, José Ignacio, yo soy hombre de respetos. Ahora me ves así, alegrón; mañana... Anda y asómate a mi casa de hacienda. No me diferencio de los peones sino en que visto de otra manera, y... en que no me parezco a ninguno; ¿no es verdad? Sí,

sí; alguna distancia hay entre ellos y yo...

—Ahora sí, don Manuel; ahora sí tiene que bailar conmigo.—Y cogiéndole de una mano, lo hizo pasar de la puerta al centro del círculo en que se bailaba.

—¡Vea usted qué cosas, hombre! ¡Vea usted qué cosas! Al fin me hizo salir de mis calzillas esta niña. Pero... ¡qué vamos a hacer! Hay que darle gusto. ¡Qué vamos a hacer!

Y salió a bailar, haciendo una venia a la pareja. Pesadito de piernas andaba el buen señor, y no poco fué lo que se amostazó cuando, al dar una vuelta sobre los talones, se fué de bruces a los pies de su pareja. No cayó; mas, al abrir los brazos en el momento en que pisó en falso, le dió tal bofetón a uno de los músicos, que le reventó las narices.

—¡No, patrón, así no!—exclamó el agredido, reparando en el pañuelo con que se limpiaba, algunas manchas de sangre.

—¡Hombre, Claudio... Claudito! Perdóname. No fué intencional... Tú comprendes, ¿verdad? No fué intencional... Mira... Toma para que no te enfades conmigo; para que te tomes un trago... y vuelvas... eso es, y vuelvas a tocar con tu habilidad acostumbrada.

—No tenga cuidado, patrón... Gracias.

—¡Eh! ¿Qué es eso? Cuidado conmigo, porque al que me empuja le doy su moquete.

—¡Que no empujen, hombre!—dijo en sèguida uno de los de la puerta.

—Si es que estos muchachos, por esperar recoger otros cuartillos, no reparan en nada.

—Lo mejor sería que no regaran más dinero, para que se fueran.

—¡Tú! ¿Y quién los convence ahora de que no han de volver a regar?... Pero si esto pasa en todas partes... Cuando yo era muchacho, bastantes estrujones que me aguanté también en los bailes...

. . . .

—¡Qué horas tiene usted, don Antonio?

—¿Qué te parece, hombre? ¡las doce y media!

—¡Las doce y media ya! ¡Cómo se pasa el tiempo! Pero esto sigue; no hay remedio.

—¡Hasta la hora de misa!

—Mis amigos, la costumbre es costumbre. Aquí se baila hasta un poquito después de que Dios amanezca.

—¡Hasta la hora del triste recuerdo!—dijo don Antonio suspirando.

—¿Y cuál es esa hora, patrón?—preguntó uno de los espectadores, con los ojos medio cerrados del sueño.

—¡Je! ¿Ya no te acuerdas en qué día estamos? Ahora, mis amigos, se acabaron las diversiones, y a la iglesia todo el mundo a que nos pongan la cruz en la frente.

—¿La cruz en la frente? ¿Qué quiere decir eso de la cruz en la frente?—preguntó otro trasnochado.

—¡Pero, hombre! ¡Si esta gente no sabe ya ni en los días que vive! Hoy es, amigos míos, Miércoles de ceniza...

—¡Ah! Sí, sí... ¡De veras!

—Es necesario ir a oír la misa y arrodi-

llarse ante el sacerdote para que él, haciendo la cruz negra en la frente, nos vaya diciendo a todos: «Memento homo quia pulvis est»...

—«Et in pulvis reverteris»—acabó uno balanceándose en las piernas, del sueño que lo dominaba.

—¡Exacto! ¡«Et in pulvis reverteris»!...

XXIV

La sorpresa no fué poca cuando, al salir de la iglesia, se vió rodeado de muchachos de todos tamaños y edades que le pedían a gritos el «patacón». Subiósele en oleadas la sangre a la cara cuando comprendió que no había resistencia posible, que en abrir la bolsa o dejarla cerrada no había término medio ninguno, y, sobre todo, que quedar como un tacaño ante la madrina y los compadres no era cosa que él podía tolerar, y menos cuando la fama lo tenía ungido hacía mucho tiempo en el concepto de rico. Fuéselo o no, esa era cosa que por el momento nada significaba. Se había metido a padrino, y...

—El que quiere celeste, que le cueste—le dijo en son de broma el compadre, celebrando la impertinencia de los muchachos.

—¡Que no hay remedio! Pero vea usted cómo se me olvidó sacar dinero de casa...

—¡Padrino pelado!

¡El que no tiene plata no saca ahijado!
—se atrevió a gritar un muchacho, dando así el mal ejemplo, que cundió, como todo lo

malo, entre la multitud de todos los del gremio, que aguardaba a la puerta de la iglesia.

—Ya ves, Evaristo. A todo esto tiene que someterse el que es padrino. Y ahora, ¿qué haces?

—¿Qué he de hacer? Aguantar por pareja hasta que llegue a mi casa.

—¡Silencio, muchachos!—gritó uno de la concurrencia.—Ahora que lleguemos, el padrino les dará los «patacones». Pero tengan la bondad de callarse, porque no es propio de jóvenes educados como ustedes armar semejante gritería para pedir una cosa que es enteramente voluntaria.

—¡Chupen por malcriados!—dijo un vejete del acompañamiento a quien nadie había invitado a la ceremonia.

—¿Y cuánto le pagan por la defensa, tío Nicanor?—dijo, poniéndosele por delante con mucha desfachatez uno de los muchachos.

—No les diga nada—observó el padrino.—Con los muchachos no se puede. Y con estos de aquí, que son de veras tan malcriados, mucho menos.

—Los muchachos en todas partes son iguales. Si cuando yo era pequeño también hacía lo mismo. Todavía no se me olvida el castigo que me aplicó mi madre una vez porque le grité al Gobernador de la Provincia, en situación semejante, lo mismo que estos me gritan ahora.

Apenas llegaron a la casa de la madrina, que era donde tenía lugar la fiesta, el padrino, cumpliendo el propósito que llevaba, les tiró a la calle, para que allá cogiese cada

cual lo que le cupiese en suerte, varias puñadas de dinero. Y de ese modo, cumpliendo lo ofrecido, se vengaba también de los muy tunos que le habían hecho hervir la sangre. ¡Qué de pescozones y de patadas mútuas entre aquel tumulto de muchachos ansiosos por coger uno solo todo lo que se les echaba!

—¡Miren cómo se agarran! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ve! Y le reventó las narices, porque se está limpiando.

—¡Lo que es el dinero, amigos! ¡lo que es el dinero! Esto que hacen ahora esos muchachos, hacemos todos nosotros, con la diferencia, en contra nuestra, que nosotros lo hacemos con más crueldad, y con hipocresía, porque procuramos que nadie nos vea...

—¡La pura verdad!—dijo el padrino arrugando la frente como si un mal recuerdo le viniese a atormentar en aquel momento.

Pero dejemos los muchachos, que ya tienen cumplida la promesa, y entremos.

En la mesa de centro, que ocupaba un ángulo de la sala, había una porción de botellas, que comenzó a descorchar un sirviente de la casa.

—Tomemos esta copa, señores, por mi ahijado, a quien yo... le deseo... muchas felicidades, deseándole, también, que sea un hombre de provecho, para bien... de... de la sociedad... y... y de sus padres, personas a quienes yo... estimo mucho... ¡salud!—

—¡Salud!... ¡Salud!...—contestaron todos apurando las copas.

—¡Qué malo!—gritó un muchacho desde la

calle, que había oído el brindis.—¡Yo lo hago mejor!

Don Antonio y don Hermógenes, amigos del padrino, se vieron las caras. Y el primero, para disimular la risa, que le retozaba por dentro, sacó el pañuelo y se apretó la boca, haciéndose el que se la limpia.

XXV

—¿Y podrá decirnos el señor Cura cuándo tendremos que volver para dejar arreglao eso de una vez?

—Pues... A ver... Sí; ya van corridas dos proclamas. El domingo que viene se dará la otra, y el sábado, día de Nuestra Señora de Guadalupe, se casan. Ya eso no debe aplazarse más, Escolástico, y tú, que bien comprendes cuál es tu situación respecto de tu mujer, debes tener interés en hacerla tu compañera de toda la vida, como debe ser, y como Nuestra Santa Madre la Iglesia quiere que sea. Varias veces he leído, después del evangelio, el auto de visita que dejó en los libros parroquiales el Ilustrísimo Señor Obispo la última vez que vino. Ya saben que hasta en pena de excomunión incurren los que viven mal, amancebados, pudiendo casarse para llevar una vida arreglada. Hasta la misma ley —eso también lo saben ustedes—castiga a los que llevan vida desordenada como la tuya. Y tú, hombre, tú que ya tienes con esta mujer dos o tres hijos, ¿por qué no te habías re-

suelto a hacerla tu esposa, como Dios manda?

—Pues yo le digo la verdad a mi señor Cura. Yo sí he pensado casarme, porque veo que asina es como debe vivir el cristiano, pero la culpa no ha sido sino de ella, que se ha resistío en lo ausoluto. Y pregunte, mi señor Cura, porqué ha sío ese proceder. Que lo diga ella que está presente.

—¿Cómo es eso, hija? ¿Cómo es que no has querido casarte, cuando el matrimonio es un sacramento de Nuestra Santa Madre la Iglesia, y cuando ella misma castiga con penas espirituales a los que viven mal, dando ejemplo de escándalo a su familia y a los demás?...

—Pues mi señor Cura tiene que saberlo todo, porque a él no debemos ocultarle nada. Si yo me he resistío a ello, es porque ustedes los hombres, apenas se casan, empiezan a darle mala vida a la mujer. Ya ves cómo le va a Gumersinda. Todo fué casarse, y Anselmo que no la deja ni respirar. Yo no sé, mi señor Cura; pero es que se ponen de tan mal «caráter»... y a los celos por todo. Es que ya no puede una siquiera tener la menor «distraución», porque todo ha de ser por andar una en malos pasos con otro.

—Sí, hija; comprendo que no te falta razón en algo de lo que dices. Pero debes tener en cuenta que el matrimonio es un estado de santidad en que deben vivir los cristianos como ustedes; que ya ustedes tienen hijos...

—Tres «mocitos» hasta ahora, con el favor de mi Dios—dijo la campesina con la naturali-

dad más grande.—Tres «mocitos» que...

—Aguarda, aguarda... Déjame hablar, porque es necesario que lo que van a hacer no lo hagan sino bien hecho, es decir, bien instruídos en las obligaciones que contraen, y bien impuestos del estado que van a tener en la vida. Por lo mismo que ya ustedes tienen hijos, es necesario que les den buen ejemplo, y el buen ejemplo debe principiar por llevar una vida arreglada y conforme con los trabajos que Dios les envíe; amándose mucho, eso es, amándose mucho... ¿Sabes tú cómo manda Dios que el marido ame a su mujer? Pues El mismo nos lo enseña: Como Cristo—óiganlo bien,—como Cristo Nuestro Señor ama a su Iglesia, que es una santa, católica y apostólica.

—Así es, mi señor Cura. Su mercé sabe que yo no me he «resistío» a dar este paso, porque «toito» lo que su mercé dice es la santa «verdá».

—Pero si «naide» lo niega. Lo que una dice es que ustedes, apenas se casan, comienzan a tratar mal a la mujer, porque ya la tienen «asegurá», y que eso no debe ser «asina».

—Sí; no te falta razón—dijo el señor Cura, que bien sabido tenía lo que aquella mujer deseaba manifestar del mejor modo posible. —Pero es necesario obedecer a Dios antes que a todo el mundo, y El es el que les manda a ustedes a casarse y vivir en paz siempre.

—«Asina» es...

—Entonces, el sábado temprano, día de Nuestra Señora de Guadalupe. De Guadalu-